

**LA EUCARISTÍA
EL TESORO
MÁS GRANDE
DEL MUNDO**

Por:

P. Ángel Peña O. A. R

INTRODUCCIÓN

La Eucaristía es el milagro más maravilloso y el tesoro más grande del mundo. ¿Puede haber algo más grande y valioso que Cristo mismo, el Señor y Rey del universo, el Rey de reyes y Señor de los señores? Sólo los santos han podido comprender en toda su profundidad el valor y el significado de la presencia viva y real de Jesús en la Eucaristía. Jesús Eucaristía es el mismo Jesús de Nazaret, que hace dos mil años paseaba por los caminos de Palestina, sanando a los enfermos y bendiciendo a los niños. Jesús Eucaristía es la fuente de la vida, del amor y de la paz. Jesús es el pan de vida, el pan para la vida, el pan que nos alimenta para darnos vida eterna. Pero ¿supone algo para nosotros que Jesús, como hombre y Dios, nos esté esperando todos los días en el sagrario de nuestras iglesias? ¿Acaso es lo mismo rezar en la casa que ante Jesús sacramentado? Son muchas las preguntas que podríamos hacer. Para responder a algunas de ellas hemos querido escribir este libro; pero, sobre todo, para encender en los corazones de los verdaderos cristianos el amor a Jesús. El año 1997 escribí el libro Jesús Eucaristía, el amigo que siempre nos espera. Ahora quiero completar muchas de aquellas ideas, evitando repetirme en la relación de milagros o de otros temas que ya están escritos en dicho libro. De todos modos, la Eucaristía es algo tan profundo que, aunque se escribieran miles de libros más, nunca se agotaría el tema. Les deseo a todos una vida cristiana abundante y victoriosa, llenos del Espíritu Santo, amando a Jesús con todo su corazón, para hacer de su vida una continua alabanza al Padre Dios, como hijos queridos.

* * * * *

Nota.

Sobre los escritos del Papa Juan Pablo II:

RM se refiere a la encíclica Redemptoris mater;

RH a la encíclica Redemptor hominis;

EE a la encíclica Ecclesia de Eucharistia;

DD a la carta apostólica Dies Domini;

MND a la carta apostólica Mane Nobiscum Domine;

Cat al catecismo de la Iglesia católica.

EL HOMBRE – DIOS

Debemos aclarar que en la Eucaristía está Jesús, el hombre-Dios, y no sólo el Verbo de Dios. Hay una gran diferencia entre el Verbo de Dios, la segunda persona de la Santísima Trinidad, y Jesús, el Verbo encarnado. El Verbo de Dios estaba en el mundo con el Padre y el Es-

píritu Santo desde que el mundo existe. Como segunda persona divina no necesitaba venir, porque ya estaba. Pero quiso venir como hombre y Dios, como Verbo encarnado, como Jesús, el hijo de María, para poder ser un hombre entre los hombres e insertarse así plenamente en la humanidad, teniendo una familia humana por medio de María. Desde entonces, Jesús, el Dios-hombre, el hombre-Dios, Jesucristo, es el intermediario necesario entre el Padre y la humanidad. Si queremos ir a Dios, debemos hacerlo por medio de Jesús. Lo dice claramente san Pablo: Jesús es el mediador de la nueva alianza (Heb 12, 24). En Cristo habita toda la plenitud de la divinidad corporalmente (Col 2, 9). Uno es Dios y uno también es el mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús (1 Tim 2, 5). San Pablo lo recalca muy bien, el hombre Cristo Jesús, no el Verbo de Dios. Esto quiere decir que debemos dar la máxima importancia en nuestra vida a Cristo, el Dios-hombre, el puente para llegar al Padre. Lo cual significa que debemos dar la máxima importancia en nuestra vida a la Eucaristía, porque Cristo como hombre y Dios, sólo está en el cielo, en forma gloriosa (con su cuerpo glorificado, el mismo que nació en Belén y murió en la cruz), y en la Eucaristía en forma sacramental, pero verdaderamente real, pues es el mismo Jesús. Esto lo entendió muy bien santa Teresa de Jesús (1515 - 1582), la gran doctora de la Iglesia. Ella nos dice:

Cuán grande es el poder que tiene esta sacratísima humanidad junto con la divinidad. Yo veo claro que para contentar a Dios y que nos haga grandes mercedes quiere que sea por manos de esta humanidad sacratísima de Jesús. Por eso, se alegraba tanto, cuando fundaba un convento, donde habría un sagrario más con Jesús sacramentado. Dice: Para mí es grandísimo consuelo ver una iglesia más adonde haya Santísimo Sacramento. Y hablaba mucho a sus monjas de Jesús como compañero nuestro en el Santísimo Sacramento.

Que Jesús Eucaristía es el mismo Jesús de Nazaret lo tenía muy claro, porque lo veía con sus propios ojos: Muchas veces, quiere el Señor que le vea en la hostia.

Una vez, en acabando de comulgar, se me dio a entender cómo este Sacratísimo cuerpo de Cristo lo recibe su Padre dentro de nuestra alma... y cuán agradable le es esta ofrenda de su Hijo, porque se deleita y goza con Él, digamos acá en la tierra, porque su humanidad no está con nosotros en el alma, sino la divinidad y así le es tan acepto y agradable y nos hace tan grandes mercedes. Y yo comencé a tomar amor a la sacratísima humanidad de Jesús. Y Jesús la sanaba con frecuencia de sus dolencias en el momento de la comunión. Dice: Algunas veces

(casi de ordinario, al menos lo más continuo) en acabando de comulgar descansaba y, a veces, en llegando al sacramento. Luego, a la hora, quedaba tan buena, alma y cuerpo, que yo me espanto. No parece sino que en un punto se deshacen todas las tinieblas del alma y salido el sol, conocía las tonterías en que había estado. Otras veces, con una sola palabra que me decía el Señor, con solo decir: "No estés fatigada, no tengas miedo", quedaba del todo sana como si no hubiera tenido nada. ¿Pensáis que no es mantenimiento, aun para estos cuerpos, este Santísimo Sacramento y muy grande medicina aun para los males corporales? Yo lo sé y conozco persona de grandes enfermedades y estando muchas veces con graves dolores, como con la mano se le quitaban y quedaba buena del todo... Y, cuando en algunas fiestas oía a personas que quisieran vivir en tiempo en que andaba Cristo en el mundo, se reía entre sí, pareciéndole que teniéndole tan verdaderamente en el Santísimo Sacramento como entonces, ¿qué más se les daba?

Jesús Eucaristía es el mismo Jesús de Nazaret de hace dos mil años, que nos espera como un amigo. No nos olvidemos de Él. Y digamos con santa Teresita, la otra gran doctora de la Iglesia: Es mi cielo, el que se esconde en la hostia pequeña. Es Jesús, mi dulce esposo, que se esconde por mi amor... ¡Oh dulcísimo instante, cuando en tu inmensa ternura vienes a mí, Amado mío!... Es mi cielo para mí.

RESPECTO A JESÚS EUCARISTÍA

Precisamente, porque Él está realmente presente en la Eucaristía y porque es nuestro Dios y Señor, debemos tratarlo con todo respeto y amor. Lamentablemente, hay muchos católicos que no creen que es el mismo Jesús de hace dos mil años el que está presente en la Eucaristía. Muchos no están seguros, dudan; pero otros ni creen verdaderamente en este grandioso misterio de nuestra fe. Por eso, le dan tan poca importancia en su vida. Sin embargo, el diablo sí que cree, al igual que todos sus seguidores. Un clérigo italiano contaba la experiencia de su encuentro con dos hombres pertenecientes a una secta satánica. Ellos le dijeron que en su secta no hacían actos vandálicos ni sacrificaban animales o niños como en otras sectas. Ellos se hacían cortes para que saliera sangre, que recogían en cálices, para ofrecerla a Lucifer o la quemaban en su honor con otras sustancias. Esto sólo lo hacían en algunas fiestas como Año Nuevo o Todos los santos, Pascua...

Le hablaron de que, a veces, iban a comulgar a las iglesias para poder llevarse las hostias consagradas. Recibían la comunión en la mano y tenían otra hostia sin consagrar, con la que comulgaban para que na-

die se diera cuenta del cambio; aunque, con frecuencia, iban a las misas de la tarde, donde había unas pocas viejecitas, que no se daban cuenta de nada. De todos modos, hablaron de que, ciertamente, a veces, hay grupos que compran las hostias consagradas.

Después, las llevaban a sus reuniones y les clavaban cuchillos como para crucificarlas o las quemaban o profanaban con impurezas inexprresables. También hablaron de que en sus ritos, dedicados a Lucifer, se sentía su presencia físicamente: se olía a azufre, las llamas de las velas se elevaban por sí solas y cada uno sentía en sí mismo su presencia como una exaltación o excitación. Ellos odian a Jesús y tratan de crucificarlo de nuevo. ¿Y nosotros? ¿No podemos demostrarle un poco más amor? Por eso, es tan importante comulgar con el alma limpia y bien preparados. Los sacerdotes deben celebrar la misa de acuerdo a las normas establecidas y con todo el respeto y todo el amor posible. Jesús se lo merece todo. Pero, a veces, le faltamos al respeto en la misma iglesia, hablando demasiado o comiendo, o pasando delante del sagrario sin hacer la debida genuflexión... Algún día nos pedirá cuenta de nuestra indiferencia y de nuestra poca fe. Así lo hizo con un religioso capuchino. Cuenta san Pío de Pietrelcina: Una tarde, mientras estaba solo en el coro orando, vi a un fraile joven, quitando el polvo del altar mayor y colocando floreros; en una palabra, arreglando el altar. Creyendo que era fray León, me asomo y le digo:

- Fray León, vete a cenar, no es momento de arreglar el altar.

Entonces, una voz, que no era la de fray León, me responde:

- No soy fray León.

- Entonces, ¿quién eres?

- Soy un hermano tuyo, que hice aquí el noviciado. La obediencia me dio el encargo de limpiar el altar mayor durante el año de noviciado. Pero, muchas veces, falté al respeto a Jesús sacramentado, pasando delante del altar sin hacer la genuflexión ni reverenciar a Jesús que estaba en el sagrario. Por estas graves faltas estoy todavía en el purgatorio. Ahora el Señor, en su infinita bondad, me ha enviado a ti para que pueda salir de aquí, cuando celebres una misa por mí.

Creo que, si en vez de faltas de respeto, le diéramos a Jesús muestras de amor, trayéndole flores o velas para el altar..., si al estar en la iglesia estuviéramos con más respeto, amor y devoción, recibiríamos muchas más bendiciones en alegría, paz y amor para ser más felices; porque Jesús no se dejará ganar en generosidad.

La Eucaristía no sólo es un gran tesoro, podríamos decir que es el tesoro más grande del mundo. Mucho más importante que el oro o las piedras preciosas. Vale más que todo el universo con todas las estrellas y galaxias. Vale más que los ángeles y que todos los santos, incluida la misma Virgen María, porque la Eucaristía es Jesucristo, el Dueño, Señor y Creador de todo lo que existe. Sin embargo, hay quienes no entienden que, al hablar de la Eucaristía, no estamos hablando de un pan bendito o de una cosa buena, sino de Alguien, de una persona, de Jesús. Por eso, quizás no lo valoran lo suficiente y su fe es demasiado pequeña para reconocerlo bajo la apariencia de un pequeño pedazo de pan. Muchos católicos no lo aman, no le dan importancia, y para ellos Jesús Eucaristía es como si no existiera, porque no se aprovechan de su presencia cercana en este sacramento. Es lo que les pasaba a tantos judíos del tiempo de Jesús, que lo tenían muy cerca, pero no creían en Él o simplemente no se daban tiempo para ir a oír sus palabras o visitarlo. Los reyes magos hicieron un largo y peligroso camino para encontrar a Jesús y quedaron felices de haberlo encontrado. Había valido la pena todo su esfuerzo; porque, al fin, lo encontraron y descubrieron que Él era su Dios. Fueron los primeros no judíos que lo reconocieron como Dios y lo adoraron. Los pastores también hicieron un esfuerzo para ir en plena noche a visitarlo, llevándole algunos regalos y no quedaron defraudados. ¿Y nosotros? ¿No valdrá la pena hacer cualquier esfuerzo para visitar a Jesús? ¿No valdrá un poco de nuestro tiempo? ¿O acaso nuestra fe es tan escasa que no creemos que verdaderamente en la hostia consagrada está el mismo Jesús de Nazaret, el mismo Jesús, que nació en Belén y murió en la cruz? Si supiéramos que en una isla perdida hay un gran tesoro y nos dieran la oportunidad de ir a encontrarlo con la garantía de que sería todo para nosotros, ¿no valdría la pena arriesgarse para encontrarlo y ser ricos para toda la vida? ¿Y Jesús no es el tesoro más grande del mundo? La isla del tesoro no está muy lejana, no necesitamos viajar a países lejanos y desconocidos. Jesús está muy cerca, en el sagrario de nuestras iglesias, pero hay que tener fe para verlo con los ojos del alma, con los ojos de la fe.

Dice santa Ángela de Foligno: A veces, veo la hostia con un resplandor y una belleza muy grandes, más que si fuese el resplandor del sol. Por esa belleza, comprendo con certeza que estoy viendo a Dios sin ninguna duda... En la hostia aparece una belleza más hermosa y más grande que la del sol... En ocasiones, veo en la hostia dos ojos luminosísimos tan grandes que de la hostia sólo parecen quedar los bordes. Una vez, me fueron mostrados esos ojos y disfruté de tanta belleza y de

tanto deleite que jamás podré olvidarlo por el resto de mi vida... Jesús resplandecía de belleza y de gracia y parecía un niño de doce años. Me sentía tan colmada de alegría que creo que no me olvidaré de ella por toda la eternidad. Y me comunicó tal certeza que no puedo dudar de nada y de ninguna manera. Todo mi gozo consistió en la contemplación de esa belleza inestimable. Jesús Eucaristía es el Rey de reyes y Señor de los señores, el Rey del universo, el Señor de la historia, el amigo de los hombres, el hijo de María, el niño de Belén, el Salvador del mundo, que se ha quedado junto a nosotros para ser nuestro compañero de camino y para que podamos acudir a Él fácilmente, cuando tengamos necesidad. Y nos sigue esperando para sanarnos, bendecirnos, alegrarnos y darnos su amor y paz. Su consultorio es el sagrario. Él es el mejor médico, siquiatra y sicólogo del mundo. Atiende gratis las 24 horas de cada día y no necesitamos sacar cita para ser recibidos por Él. Además, Él lo sabe todo y sabe cuáles son nuestros males y necesidades antes de que se las digamos. Él nos espera. ¿Hasta cuándo? ¿Somos tan ricos que no necesitamos de su amor? Dice Jesús: Donde está vuestro tesoro, allí también estará vuestro corazón (Mt 6, 21). ¿Cuál es nuestro tesoro más importante? ¿Qué buscamos con más ansiedad y deseo en nuestra vida? ¿Es Jesús? Pues en la Eucaristía lo encontraremos. ¿Y qué tesoro podemos desear que sea mejor y más importante que el mismo Jesús?

EUCARISTÍA Y SANACIÓN

La Eucaristía es fuente de luz y de amor para los que se acercan a Jesús. También es fuente de salud para los que se acercan con fe, como la mujer hemorroísa del Evangelio. La hermana Briege McKenna nos cuenta algunos de estos milagros en su libro Los milagros sí ocurren. Dice: Un día me telefoneó un sacerdote muy angustiado y asustado. Acababa de saber que tenía cáncer en las cuerdas vocales y que, dentro de tres semanas, tendrían que extirparle la laringe. Me dijo que estaba desesperado, había sido ordenado apenas hacía seis años. Al orar con él, sentí que el Señor quería que yo le hablara de la Eucaristía. Le dije: "Padre, yo puedo orar por usted ahora por teléfono y lo haré. Pero ¿esta mañana no tuvo un encuentro con Jesús? ¿No se encuentra con él cada día? Padre, cada día, cuando celebra la misa, cuando toma la hostia sagrada, usted se encuentra con Jesús. ¿Se da cuenta de que Jesús pasa a través de su garganta? No hay nadie mejor a quien ir sino a Jesús. Pídale a Jesús que lo sane".

Lo oí llorar por teléfono. Y se despidió dándome las gracias. Tres se-

manas después, ingresó al hospital para ser operado. Me llamó más tarde para decirme que la cirugía no se realizó. Los médicos descubrieron que el cáncer había desaparecido y que sus cuerdas vocales estaban como nuevas. Nunca supe su nombre. Pero un año después, tuve noticias de él a través de un amigo suyo. Antes de su enfermedad, este sacerdote joven había dejado de celebrar la misa diaria excepto los domingos. Él tomaba la misa muy a la ligera. Y Dios usó esta experiencia del cáncer para transformar su vida. Este sacerdote fue sanado completamente, no sólo físicamente. Se volvió un sacerdote centrado en la Eucaristía. La Eucaristía se volvió para él, un momento de encuentro con Jesús vivo. Otra sanación ocurrió en Sydney, Australia. Una mujer fue a un lugar, donde el padre Kevin y yo estábamos hablando. Ella se me acercó en un pasillo para pedirme que orara por ella. Estaba desesperada, porque padecía un cáncer al estómago. Tenía un tumor que le causaba una gran hinchazón. Los médicos le dijeron que no tenía caso operarla, porque el tumor se había extendido demasiado. Yo sabía que habría una misa esa tarde, así que le dije que iba a orar por ella, pero que asistiera también a la misa y le pidiera a Jesús que la sanara. Su preocupación más grande era el miedo a la muerte. Yo le dije: “Vaya a encontrarse con Jesús en la Eucaristía. Jesús le dará la fortaleza para enfrentar cualquier cosa que se presente en su vida. Si Él ha decidido que cruce el umbral de la muerte, Él le dará la gracia de atravesar la puerta sin ese miedo terrible. Y, si ha de vivir, Él le dará la gracia de vivir”... Por la noche, cuando teníamos un encuentro con una gran multitud, vino corriendo por el pasillo, se arrojó en mis brazos y me dijo:

- Hermana, sucedió, sucedió.

- ¿Qué sucedió?

- Míreme. Vine esta mañana. Asistí a la misa como me dijo. Cuando me levanté para comulgar, me dije: En unos minutos voy a encontrarme con Jesús. Voy a recibirlo en mi corazón y le pediré que me ayude... Tan pronto como sentí la hostia en mi lengua, sentí como si algo me quemara la garganta y me llegara hasta el estómago. Miré mi estómago y la protuberancia había desaparecido.

El padre Emiliano Tardif, estando predicando en Tahití, Polinesia francesa, dice: El testimonio que más me impresionó fue el de un hombre que estaba completamente ciego de un ojo, con el otro veía muy poco, y dentro de poco tiempo tendría que operarse. Durante la misa de los enfermos, precisamente en el momento de la elevación de la hostia, vio una gran luz en la iglesia y sus ojos se abrieron. ¡Había sanado!.

Y sigue diciendo: Estando en Brazzaville, Zaire, durante la misa por

los enfermos yo prediqué sobre la Eucaristía como sacramento de curación y el Señor vino a confirmar su presencia real en la hostia consagrada, curando a dos paralíticos. Una mujer de unos 35 años había sido llevada en una camilla. Ella yacía paralítica en cama desde hacía dos años y medio. El Señor la levantó después de la comunión... En ese momento, otro hombre paralítico, que había sido llevado en brazos por su familia, también se levantó y caminó solo, tranquilamente, avanzando hasta el altar. Las curaciones de todo tipo se multiplicaban. Jesús volvía a decir a su pueblo: No teman. He aquí a su Dios. Ciertamente, Jesús está vivo y presente en la Eucaristía y puede hacer hoy los mismos milagros que hacía hace dos mil años.

EUCARISTÍA, PRESENCIA PLENA DE DIOS

Hay quienes dicen que no necesitan ir a la iglesia para orar y hablar con Dios. Ciertamente, Dios está en todas partes y nos escucha, pero su presencia no es la misma en todas partes. Hay diferentes clases de presencias de Dios como las hay entre las personas. Por ejemplo, una persona puede hacerse presente a otra, pensando en ella. Si la llama por teléfono, su presencia será mucho más fuerte. Si, además de hablar por teléfono, la puede ver en una pantalla, será aún más intensa esta presencia; pero, sobre todo, si va a visitarla a su misma casa, su presencia será total, porque entonces podrá abrazarla y hablar privadamente con ella, confiándole todos sus secretos sin temor a ser escuchada. Pues bien, pensemos en Dios hace dos mil años. Si alguien quería rezar y se iba al campo para hablar con Él ante la naturaleza, Dios escuchaba su oración. Si iba al templo de Jerusalén, la presencia de Dios era más cercana y profunda. Pero, si iba a visitar a Jesús personalmente para escuchar directamente sus enseñanzas y poder abrazarlo, sería la mayor cercanía posible que podía tener con Dios, a través de la persona de Jesús. Ahora pasa lo mismo. Uno puede rezar en su casa o en el campo. Puede ir con fervor a una procesión o asistir a una ceremonia religiosa o asistir a un grupo de oración y allí sentirá la presencia de Dios más fuerte y profunda, pues donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos (Mt 18, 20). Pero la máxima presencia posible, la presencia total, sólo podrá vivirla ante la presencia real de Jesús, como hombre y como Dios, que se da en la Eucaristía. Y esta presencia llega a su punto culminante en el momento sublime de la comunión eucarística, de la común unión con Cristo, que es como si recibiéramos un abrazo personal de Jesús con todo su cuerpo, alma y divinidad, con todo su cariño, como lo recibían los niños y quienes se

acercaban a Jesús hace dos mil años.

Una religiosa me cuenta el siguiente testimonio, ocurrido a una niña de cuatro años. Esta niña había sido bautizada, pero sus padres eran no creyentes y no practicantes. Apenas si la niña podía conocer el nombre de Jesús por haberlo oído ocasionalmente alguna vez a otras personas. Un día, la familia va en gira turística a otra ciudad. Entre los lugares turísticos desean visitar una iglesia. Pero, en el momento en que llegan, el párroco está cerrando la puerta y piensan retirarse para no ser inoportunos. Sin embargo, la niña se pone a llorar, diciendo: Jesús, Jesús, Jesús... El párroco, al escucharla llorar, se acerca a la familia y accede a abrir la puerta y a explicarles las obras de arte de la iglesia. Pero a la niña no le interesa lo que dice, sino que apunta con el dedo al sagrario y sigue diciendo: Jesús, Jesús, Jesús..., dejando asombrados a sus padres, que nunca le habían hablado de que allí en la Eucaristía estuviera Jesús. La niña sentía una misteriosa fuerza de atracción hacia el sagrario y no se detuvo hasta que estuvo delante de él y pudo sonreír a Jesús, y mandarle besos con amor. El párroco se quedó asombrado y su familia mucho más. La Eucaristía es la máxima cercanía de Dios a los hombres, es la presencia más cercana, más intensa y más profunda. Ninguna otra presencia de Dios en el mundo, ni siquiera a través de su Palabra, puede ser mayor y más eficaz para nosotros. De ahí que los católicos y ortodoxos, que son los únicos que tienen esta presencia, deben dar inmensas gracias a Dios y aprovechar esta presencia del mejor modo posible. Además, al estar en oración delante de Jesús sacramentado, no estamos solos, como podemos estar en nuestra casa, acompañados sólo de nuestro ángel. En la Eucaristía hay millones de ángeles y santos que, junto con María, nos acompañan en nuestra oración.

San Antonio María Claret se acercaba todo lo que podía al sagrario, permaneciendo allí como extático. Y decía: Delante del Santísimo Sacramento siento una fe tan viva que no lo puedo explicar. Casi se me hace sensible.

Prohászka escribió: Hay quienes dicen: Voy al bosque para rezar mejor; voy a la orilla del mar, porque allí siento la infinitud de Dios... Yo os digo: Me voy delante del Santísimo Sacramento; porque, si rezo, quiero sentir más cerca a Dios y esto en ninguna parte lo experimento tanto como aquí delante del sagrario. Ciertamente, uno puede rezar en cualquier parte; pero, como dice el Papa Benedicto XVI: Si sólo se diera esto, la iniciativa de la oración sería solamente nuestra y Dios sería, en ese caso, un postulado de nuestro pensamiento y, aunque contestara, aunque quisiera y pudiera contestar, el horizonte permanecería abierto.

Pero la Eucaristía significa que Dios ha respondido y que la propia Eucaristía es Dios hecho respuesta, ella es su presencia que responde. Ahora la iniciativa de la relación entre Dios y el hombre ya no se encuentra en nosotros, sino en Él y, por eso, solamente ahora podemos considerarla realmente en serio.

Por ello, la oración, en el marco de la adoración eucarística, alcanza una dimensión completamente nueva: sólo ahora reúne los dos planos (hombre y Dios) y sólo ahora es realmente auténtica... Y, al orar ante la presencia eucarística, nunca estamos solos, pues con nosotros siempre estará orando toda la Iglesia.

Antes de que existiera la cercanía de Dios en la Eucaristía, el hombre debía tener la iniciativa y buscar a Dios. En todos los pueblos había templos para orar o lugares sagrados, pero sin la presencia viva de Dios. Ahora Dios nos ama tanto que ha querido ser Él quien nos busque y nos espere. Por eso, se pasa tantas horas y tantos días, esperándonos tan cerca, en nuestras iglesias. En el libro del Éxodo ya manifiesta Dios su deseo de estar cerca de nosotros. Se manifestaba a Moisés en la tienda del encuentro, que él instalaba fuera del campamento. Y Dios se manifestaba por medio de una columna de nube y Yahvé hablaba con Moisés cara a cara como habla un hombre con su amigo (Ex 33, 11). Esta tienda del encuentro podemos considerarla como una figura de lo que sería el sagrario de nuestras iglesias, donde podemos ir a encontrarnos cara a cara con nuestro Dios, sin necesidad de sacar cita previa. Antes de ir, Él ya nos está esperando. Por esto mismo, podemos decir nosotros lo que decían aquellos judíos del antiguo Testamento: ¿Qué nación hay tan grande que tenga dioses tan cercanos a ella como lo está de nosotros nuestro Dios? (Det 4, 7). Por supuesto que nosotros no somos santos y, a veces, podemos estar delante de Jesús sacramentado y no sentir nada; quizás, porque nuestra fe es pequeña o también porque Dios permite que estemos insensibles para vivir sólo de la fe. Pero lo cierto es que, con mucha frecuencia, se siente la presencia viva de Jesús a través de una gran paz interior. Por eso, los católicos que visitan frecuentemente a Jesús Eucaristía se sienten atraídos por él como por una fuerza invisible y ya no lo pueden dejar. Poco a poco, se enamoran de Jesús sacramentado. Sin embargo, no hay que esperar siempre consolaciones sensibles o experiencias de amor de Jesús. Basta con saber que Él está ahí como nos lo dice el mismo Jesús, que no puede mentir: Éste es mi cuerpo... Ésta es mi sangre (Mt 26, 26-28). Yo soy el pan de vida..., el que come de este pan vivirá para siempre y el pan que yo le daré es mi carne, vida del mundo (Jn 6, 48-51). Es tris-

te que haya muchos católicos que son vecinos de Jesús, que viven muy cerca de Jesús, y no tengan tiempo para ir a visitarlo. Por eso, al menos, al pasar delante de una iglesia, tengamos el detalle de saludar a distancia a Jesús. Y, cuando por enfermedad o vejez no podamos salir de casa, pensemos que podemos hacerle visitas espirituales, pensando en el sagrario más cercano. E, incluso, podemos pedir que algún ministro extraordinario de la comunión venga a nuestra casa para poder recibir a Jesús en comunión. En ese momento, pensemos que debemos hacerle un recibimiento lo mejor posible, colocando una mesita con un mantel nuevo, una vela encendida... Y todo aquello que nos dicte nuestro amor a Jesús. ¡Cuántas gracias reciben los ministros de la Eucaristía que llevan a Jesús a los enfermos por la calle, acompañados de millones de ángeles! Y ¡cuántas gracias recibirán también los sacerdotes, religiosas y empleados, que viven bajo el mismo techo de Jesús, en las parroquias y conventos!

El Papa Pablo VI, en la encíclica *Mysterium fidei*, decía que Cristo está presente en la Palabra de Dios y en la Iglesia, pero es muy distinto el modo verdaderamente sublime con el que Cristo está presente en el sacramento de la Eucaristía. Tal presencia se llama real; no por exclusión, como si las otras no fueran reales, sino por antonomasia, porque es también corporal y sustancial, ya que por ella ciertamente se hace presente Cristo, Dios y hombre, entero e íntegro (No. 21-22). Por eso, podemos decir: Las devociones de la Iglesia católica son todas bellas, todas santas, pero la devoción al Santísimo Sacramento es, entre todas ellas, la más sublime, la más tierna y la más eficaz. De ahí que todo lo que hagamos para demostrarle a Jesús sacramentado nuestro amor será poco. Él se merece más, porque es nuestro Dios y Señor. Él nos espera cada día en el sagrario con la puerta abierta y los brazos abiertos ¿Hasta cuándo?

EL SAGRARIO

Entre los primeros cristianos, el sagrario fue ocupando el lugar del arca de la alianza (del antiguo Testamento). Efectivamente, el sagrario cumple plenamente la función asignada antaño al arca de la alianza. Es la sede del "Santísimo". Es la tienda de Dios, el trono que lo coloca en medio de nosotros... Esto ocurre en las iglesias rurales más humildes, lo mismo que en las catedrales más suntuosas... Que nadie diga que la Eucaristía existe sólo para ser comida. No se trata de un "pan ordinario"... Comerlo significa adorarlo, dejarlo entrar dentro de mí. La adoración no está reñida con la comunión. La comunión sólo alcanza un au-

téntico grado de profundidad en el momento en que halla justificación y contexto en la adoración.

La presencia eucarística en el sagrario no tiene por qué dar lugar a una interpretación contraria o yuxtapuesta a la Eucaristía celebrada. Significa, por el contrario, su plena realización. Y es que esa celebración es el origen de que la Eucaristía siempre pueda conservarse en la iglesia. Así una iglesia jamás aparecerá como un recinto muerto, sino que se verá siempre vivificada por la presencia del Señor. Él viene a nosotros en la celebración eucarística, la cual coloca en medio de nosotros su presencia y nos da la oportunidad de tomar parte en la Eucaristía cósmica. ¿Qué fiel no ha experimentado esto alguna vez? Una iglesia sin la presencia de Cristo se halla de algún modo muerta, aunque pretenda invitar a los hombres a la oración. Pero una iglesia, en la cual hay un sagrario ante el cual luce la lamparita, está siempre viva y es algo más que una edificación de piedra. Yo sé que, en ese recinto, siempre me espera el Señor; me llama desde allí, y allí quiere hacerme "eucarístico". Por eso, el sagrario debe tener un lugar digno dentro de la planificación arquitectónica del templo, a fin de que la presencia del Señor nos toque el alma.

Veamos un caso concreto. En una misión de África del Sur, una tarde conversaban juntos una madre con su hijo pequeño, que ya era catecúmeno y se preparaba para recibir el bautismo en la misión católica. La madre le preguntó a su hijo:

- ¿Por qué en la iglesia siempre hay una luz roja que brilla?
- Porque es la lámpara de Jesús, que está allí.
- Pero por la noche no hay nadie en la iglesia.
- Sí, mamá, allí siempre está Jesús, que nos espera y la lámpara nos indica su presencia.

La madre se quedó pensativa y, pasado un tiempo, le comunicó al misionero que ella también quería ser cristiana, y le dijo: ¿Ves aquella luz roja? Todos los días la veía desde mi cabaña y parecía que me llamaba. No quería hacer caso de esa llamada, pero no me dejaba tranquila. Ayer quise visitar el pesebre de Navidad con mi hijo y allí estaba la luz que me iluminaba. No he podido resistir más a la llamada de Jesús. Quiero ser cristiana para amar a Jesús que me espera todos los días en la iglesia. El amor de Jesús se proyecta desde el sagrario sobre todos los que vienen con fe a visitarlo. Su amor es como un soplo de brisa fresca en las horas de intenso calor, como un rayo de luz en los días fríos de invierno del alma. Del sagrario sale una luz poderosa que ilumina nuestra vida para ver el camino que debemos seguir, eliminan-

do así las tinieblas y las dudas. El amor de Jesús Eucaristía no tiene comparación con nada de este mundo. Podemos juntar en una caricia todos los cariños de los padres a sus hijos, todos los besos que han brotado de los labios de las madres para sus hijos a lo largo de los siglos, o todo el fuego de amor de todos los corazones amantes que han existido en la tierra. Y todo ello no será ni una sombra de todo lo que nos ama Jesús. Jesús, en el sagrario, tiene un corazón que palpita de amor por nosotros, tiene ojos que nos miran con amor y tiene oídos para oír nuestras súplicas. ¡No lo dejemos abandonado! ¡No nos perdamos tantas bendiciones que tiene reservadas para nosotros! Como diría el Papa Juan Pablo II: Jesús Eucaristía es el corazón palpitante de la Iglesia. Por eso, ir todos los días al sagrario es como ir a un mundo de infinitas maravillas, pues nos encontramos con Jesús, el Dios Amor, el Dios de las maravillas y de las divinas sorpresas. Cada día tendrá un regalo especial para nosotros, aunque no nos demos cuenta de cuál es. Pero, sin duda alguna, cada día recibiremos inmensas bendiciones, que no hubiéramos recibido de haber faltado a la cita con Jesús.

Él espera que tú seas como una lámpara ardiente, que está siempre vigilando ante el sagrario, para decir a todos los que pasen: Aquí está Jesús. Debes ser un ángel del sagrario, asociándote a todos los ángeles que lo adoran y asemejarte a ellos en la pureza, alegría y amor. Marta dijo a su hermana María: El Maestro está ahí y te llama (Jn 11, 28). Sí, Jesús está esperándote todos los días y todas las noches. ¿No tendrás al menos cinco minutos cada día para ir a visitarlo? ¡Qué solo se encuentra Jesús en tantos sagrarios del mundo, donde se pasa horas y horas sin que nadie lo visite! ¡Qué pocos se dan cuenta del enorme deseo que tiene de ser visitado y amado en este Santísimo Sacramento del altar! No olvidemos que en el Santísimo Sacramento de la Eucaristía están contenidos verdaderamente, real y sustancialmente el cuerpo y la sangre junto con el alma y la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo y, por consiguiente, Cristo entero (Cat 1374). La Eucaristía es el corazón y la cumbre de la vida de la Iglesia (Cat 1407). Por eso, el sagrario debe estar colocado en un lugar particularmente digno de la iglesia; debe estar construido de tal forma que subraye y manifieste la verdad de la presencia real de Cristo en el santo sacramento (Cat 1379). El sagrario es el trono de Dios en la tierra, es el lugar más hermoso del mundo. Allí el Dios omnipotente, el autor de toda la creación, está habitando en una pequeña casita de cuatro tablas, humilde como la pequeña cueva de Belén. Por eso, el sagrario nos trae el recuerdo de la Navidad, pues Jesús está como un niño pequeñito, oculto en la hostia

santa. El sagrario es el lugar donde habita Dios en medio de los hombres. Es su casa, siempre abierta para nosotros, y a la que estamos invitados cada día, pues nos espera con los brazos abiertos. ¡Qué dicha para nosotros saber que Jesús, para estar con nosotros, no escogió el rayo, que es la fuerza cumbre de la naturaleza y que sólo aparece de vez en cuando y no en todas partes; tampoco escogió el diamante, cuyo brillo cautiva los ojos. No escogió la rosa ni ninguna otra bella flor. Qui-so escoger un pedazo de pan y algunas gotas de vino para que todos los días pudiera estar con nosotros y pudiéramos asimilarlos para ser UNO con Él! Por eso, aunque escasee el tiempo, aunque solo dispongas de unos minutos, no dejes de entrar cada día a visitar a Jesús. Y, si algún día no puedes, suple tu visita con amor; porque Jesús, desde el sagrario, te está preguntando como a Pedro: ¿Me amas? Cuantas más veces visites a Jesús sacramentado, más robusta estará tu alma. ¡Qué momentos tan sublimes serán los que pases delante de Jesús! La luz roja de la lámpara parpadea como si fuera un corazón que late de amor por Jesús. Ofrécele toda tu vida y tu amor y déjate bañar por sus benditos rayos de luz y de amor invisibles, pero reales.

Lo que es el sol para la vida física eso es el sol de la Eucaristía para la vida espiritual. El mismo Papa Benedicto XVI decía: Dios nos espera en Jesucristo, presente en el santo sacramento. ¡No le hagamos esperar en vano! No pasemos de largo... Tomémonos algún tiempo durante la semana, entremos al pasar y permanezcamos un momento ante el Señor que está tan cerca. Nuestras iglesias no deberían ser durante el día casas muertas, que están ahí vacías y, aparentemente, sin ninguna finalidad. Siempre sale de dentro de ellas una invitación de Jesucristo. Lo más hermoso de las iglesias católicas es, justamente, que en ellas siempre hay liturgia, porque en ellas siempre permanece la presencia eucarística del Señor.

El sagrario es, en una palabra, la locura de un Dios omnipotente que ha querido vivir entre los hombres con un corazón humano. Y Jesús te sigue diciendo desde el sagrario: Dame, hijo mío, tu corazón y que tus ojos hallen deleite en mis caminos (Prov 23, 26). Jesús no necesita cosas materiales, Jesús sólo busca nuestro cariño y nuestro amor. ¡Cuán consoladores y suaves son los momentos pasados con este Dios de bondad! ¿Estás dominado por la tristeza? Ven un momento a echarte a sus plantas y quedarás consolado. ¿Eres despreciado del mundo? Ven aquí y hallarás un amigo, que jamás quebrantará la fidelidad. ¿Te sientes tentado? Aquí es donde vas a hallar las armas más seguras y terribles para vencer al enemigo. ¿Temes el juicio de Dios? ¿Estás oprimi-

do por la pobreza? Ven aquí, donde hallarás a un Dios inmensamente rico, que te dirá que todos sus bienes son tuyos. ¡Cuántos, en el silencio del sagrario, han encontrado la fe perdida! ¡Cuántos han regresado a la fe católica abandonada! En tu sagrario, Señor, hay plenitud de vida. ¿Qué haces ahí solitario tantos días y tantas noches? ¿Esperándome? ¿Tanto me quieres? Señor, yo te amo y quiero amarte con todo mi ser. Te ofrezco mi amor, con todos los besos y flores de mi corazón.

UNA HISTORIA DE AMOR

Hay una película, titulada *Un príncipe en Nueva York* (Coming to America), donde Eddie Murphy hace el papel de un príncipe de África a punto de convertirse en rey. Todas las mujeres del reino quieren casarse con él por su riqueza, pero él desea encontrar a alguien que lo ame por sí mismo. Con esta intención va a USA, donde nadie sabe quién es. Se viste sencillamente y consigue un trabajo como empleado de McDonalds y vive en un lugar pobre de Harlem en Nueva York. Con el fin de encontrar la mujer de su vida, se convierte, por decirlo así, en un pobre empleado con apariencia pobre y humilde. De esta manera, llega a conocer en una iglesia a una joven muy atractiva que lo quiere mucho y ambos se enamoran. Ella acepta su propuesta matrimonial y, al descubrir que es un príncipe disfrazado, queda asombrada. Pero ella ha sido quien le ha robado el corazón y él la convierte en una princesa y en la mujer más rica del mundo.

Esta es la historia de la película, pero algo parecido podemos decir de Jesús. No quiere que lo busquemos solamente por interés, porque es rico y nos puede ayudar. Muchos sólo lo invocan, cuando lo necesitan. Él quiere que lo amemos por sí mismo. Por eso, ha querido tener una pobre apariencia en la hostia consagrada y estar en el sagrario, como en una casa pequeña y pobre, esperando encontrar al amor de sus amores. Pero muchos pasan de largo y no sienten necesidad de Él y menos de perder su tiempo visitándolo, porque no se dan cuenta de que Él es el mismo Jesús de Nazaret, el Dios-Hombre, creador de universo, en persona. Quizás se den cuenta demasiado tarde, cuando ya no tengan remedio. Mientras tanto, Jesús sigue buscando sinceros y verdaderos adoradores que lo amen por sí mismo, sin interés, sin buscar nada a cambio, simplemente para agradecerle todos los beneficios recibidos y para disfrutar de su sincera amistad. ¿Quieres ser un verdadero amigo de Jesús? Jesús está enamorado de ti. ¿Estás tú enamorado de Jesús? Quizás Él quiere que seas su esposa a tiempo completo y para siempre, consagrándote a Él en la vida religiosa. Pero, al menos,

no lo olvides, Él desea que le des todo tu amor y que le digas muchas veces: Jesús, yo te amo, yo confío en Ti.

HUMILDAD DE JESÚS

Jesús en el sagrario nos da ejemplo de humildad: tiene apariencia pobre y humilde, escondido en la hostia santa. También es obediente. Se deja llevar y traer por el sacerdote. Le obedece, al pronunciar las palabras de la consagración de la misa, y se hace presente en la hostia y en el cáliz. Se deja llevar por los ministros extraordinarios de la comunión, como si fuera un humilde corderito. Y ¡cuántas veces tiene que soportar los sacrilegios y ultrajes de quienes van a comulgar en pecado mortal o sin haberse preparado! ¡Qué pocos son los agradecidos a tantos beneficios recibidos! ¡Y Él nos sigue esperando con paciencia y humildad, sin hablar, sin quejarse, sin defenderse! Y pareciera que nos mirara con ojos tristes, diciéndonos a cada uno: Ven a visitarme, te necesito, necesito un poco de cariño, porque casi nadie me quiere. Los ángeles y los santos que lo rodean son los que principalmente suplen nuestra falta de amor. ¡Si los ángeles pudieran hablar! ¿Qué nos dirían? Ellos saben muy bien que Jesús no es un hombre cualquiera, sino que es nuestro Dios. ¿Hasta cuándo seguiremos con nuestra soberbia y podremos decir que estamos demasiado ocupados y que no tenemos tiempo para Él? ¿Acaso nuestra fe es tan pequeña que no creemos que es Él quien nos está esperando? Jesús Eucaristía nos habla con su presencia, sin palabras, de su infinito amor por cada uno de nosotros.

Toda la vida de Jesús fue una obediencia total a su Padre. Existiendo en forma de Dios, se anonadó tomando la forma de siervo y haciéndose semejante a los hombres; y en la condición de hombre se humilló, hecho obediente hasta la muerte y muerte de cruz (Fil 2, 6-8). Por eso, tenemos que ser humildes nosotros también y cumplir siempre su voluntad. En la película *Salvad al soldado Ryan*, de Steven Spielberg, se ve a Ryan, ya viejo, que va al cementerio a ver las tumbas, donde reposan los restos de sus compañeros, cuya muerte le había permitido vivir. Y, volviéndose a su esposa, le dice: Dime que he vivido bien. Como diciendo, ¿cómo podría haber vivido mal, si tantos otros, jóvenes como yo, dieron la vida para que yo pudiera seguir viviendo? Eso mismo podríamos decir nosotros: ¿Cómo puedo vivir mal, si Jesús ha dado su vida para que yo pueda seguir viviendo? ¿Cómo puedo vivir sin ser agradecido a su infinito amor? Decía san Juan de la cruz que en la tarde de la vida nos examinarán del amor. Yo diría que, en la tarde de la vida, al final, en el momento definitivo, cuando estemos en el umbral de

la eternidad, Jesús nos examinará sobre el amor que hemos tenido como católicos a su Cuerpo y a su Sangre, es decir, sobre nuestro amor a la Eucaristía, a su presencia eucarística. ¿Aprobaremos el examen? ¿Tendremos la humildad suficiente para reconocerlo como nuestro Dios bajo las sencillas apariencias de pan y vino?

EUCARISTÍA, CAMINO DE SANTIDAD

Dios desea nuestra santidad. La voluntad de Dios es vuestra santificación (1 Tes 4, 3). Y el mejor medio para conseguirla es acudir a la Eucaristía. De la Eucaristía salen ríos inmensos de gracias y bendiciones, mucho más de lo que podemos pensar o imaginar. La Eucaristía es el mejor alimento espiritual para subir a la cumbre de la santidad. Por eso, todos los que no creen en Jesús presente en la Eucaristía se pierden inmensas bendiciones para su santificación personal. De ahí que, en opinión de muchos santos, solamente entre los católicos y ortodoxos puede haber grandes santos, pues a los demás les faltarán los medios necesarios para subir la empinada cuesta de la santidad. Supongamos que un alpinista quisiera llegar a la cima del monte Everest, el monte más alto del mundo con aproximadamente 8.868 metros de altitud. Si está mal alimentado, si no tiene los implementos necesarios, si no tiene oxígeno para aquellas alturas, por muy buena voluntad que tenga, nunca podrá llegar a la cumbre. Eso les pasa a muchos buenos protestantes, que aman sinceramente a Jesús y desean ser santos, pero están mal alimentados espiritualmente, porque les falta el mejor alimento del alma: Jesús Eucaristía. El mismo Papa Juan Pablo II lo decía muy bien: Todo compromiso de santidad, toda acción orientada a realizar la misión de la Iglesia, toda puesta en práctica de planes pastorales, ha de sacar del misterio eucarístico la fuerza necesaria y se ha de ordenar a él como a su culmen (EE 60) La adoración del Santísimo Sacramento se convierte en fuente inagotable de santidad (EE 10). Y esto lo podemos decir, especialmente, de la misa.

Benedicto XVI decía el 18 de setiembre de 2005: Hay una relación entre la santidad y la Eucaristía. En la Eucaristía está el secreto de la santificación personal.

LA MISA

Es el acto más grande y más sublime y más santo que se celebra todos los días en la tierra. La misa encierra todo el valor del sacrificio de la cruz... Para caer en la cuenta de lo que vale la santa misa, es preciso no perder de vista que el valor de ella es mayor que el que juntamente

encierran todas las buenas obras, virtudes y merecimientos de todos los santos, que haya habido desde el principio del mundo o haya de haber hasta el fin, sin excluir los de la misma Virgen María. La misa es el acto que mayor gloria y honor puede dar a Dios, porque es la misa de Jesús y tiene un valor infinito. La misa abarca todos los tiempos y todos los lugares del universo. Por eso, la misa tiene un valor cósmico y universal. Sí, cósmico. Porque también, cuando se celebra sobre el pequeño altar de una iglesia en el campo, la Eucaristía se celebra, en cierto sentido, sobre el altar del mundo. Ella une el cielo y la tierra. Abarca e impregna toda la creación (EE 8). La misa no es sólo cósmica, es celestial; pues participamos en la tierra de la celebración eterna de los bienaventurados y ángeles del cielo que aman y adoran a Jesús, el hombre-Dios, y por su medio, aman y adoran al Padre y al Espíritu Santo. Decía el Papa Juan Pablo II: En la misa nos unimos a la liturgia celestial, asociándonos con la multitud inmensa que grita: la salvación es de nuestro Dios, que está sentado en el trono y del Cordero (Ap 7, 10). La Eucaristía es verdaderamente un resquicio del cielo, que se abre sobre la tierra. Es un rayo de gloria de la Jerusalén celestial, que penetra en las nubes de nuestra historia y proyecta luz sobre nuestro camino (EE 19). Decía el cardenal Ratzinger en su libro *Al servicio del Evangelio*: Toda misa es una misa cósmica, pues nos hace salir de nuestros pequeños grupos para abrazar la gran comunidad que abarca el cielo y la tierra. Por eso, el lugar donde se celebra la misa se convierte, en esos momentos, en el punto de concentración del universo, de la humanidad entera y del cielo. Cristo, que se hace presente en cada misa, une a todo y a todos, recapitulando todas cosas del cielo y de la tierra (Ef 1, 10).

La misa, decía el Papa Juan Pablo II, une el cielo y la tierra (EE 8). La misa es como el cielo en la tierra. San Juan Crisóstomo decía: Aquí está el cielo²⁷. De modo que ir a misa es ir al cielo, es ir a unirse con todos los santos y ángeles, que se hacen presentes en cada misa. Debemos darnos cuenta de que el cielo nos espera en cada misa y que todos los santos y ángeles están pendientes de nosotros y se hacen presentes alrededor del altar, especialmente en el momento de la consagración. Vivir la misa será vivir unos minutos en el cielo en compañía de Jesús y de María y de todos los bienaventurados, con el Padre y el Espíritu Santo, sin descontar a las almas del purgatorio. Durante la misa, el cielo se hace presente en ese preciso lugar y, por ello, nosotros debemos celebrarla en un lugar digno, donde no se tengan otras actividades malsanas como podría ser una discoteca de bailes poco decentes o en un cine donde se proyecten películas no muy buenas. Igual-

mente, el altar donde se celebra la misa debe ser digno y limpio, y no cualquier mesa, que es usada diariamente para juegos o para vender carne del mercado. Todo lo que rodea a la misa debe estar rodeado de dignidad por respeto a todos los excelsos visitantes del cielo. Por lo cual, también los asistentes deben ir bien vestidos y asistir con respeto y devoción. No preocuparse tanto de aparentar y quedar bien ante los demás, sino de quedar bien ante el Señor que todo lo ve. Por eso, los que se acercan a comulgar deben hacerlo con el alma limpia. Y, después de la misa, hay que llevar a nuestras casas la paz y alegría que hemos recibido para hacer de nuestra casa un cielo, donde reine la alegría y la paz de Dios. Los sacerdotes, ministros de Cristo y de la Iglesia, deben ser conscientes de la importancia de la misa para celebrarla cada día, aunque estén de vacaciones, pues cada misa tiene un valor inmenso para la salvación del mundo. Alguien ha llamado a la misa la fiesta de la humanidad, la fiesta del amor fraterno, la fiesta donde se une el cielo con la tierra. Por tanto, hay que asistir a ella con mucha devoción y ser conscientes del gran milagro, el milagro más grande de la historia humana, que se repite en cada misa, el milagro de la transustanciación del pan y vino en el Cuerpo y la Sangre de Jesús. Por eso, vale tanto la misa. Veamos un caso histórico, contado por el padre Estanislao de los Sagrados Corazones. Un día, en un pequeño pueblo de Luxemburgo, estaba un capitán de guardias forestales en animada conversación con un carnicero, cuando llegó una mujer anciana. Ella le pidió al carnicero que le diera gratis un pedazo de carne para la comida, pues no tenía dinero para pagarle. Solamente le prometió rezar por él en la misa adonde iba. El carnicero le dijo:

- Muy bien, usted va a misa a rezar por mí. Cuando vuelva le daré tanta carne cuanto pese la misa.

La anciana se fue a la misa y después de una hora regresó. El carnicero, al verla, le dijo:

- Vamos a ver, voy a escribir en un pedazo de papel: Usted asistió a misa por mí. Le daré tanta carne cuanto pese este papel.

El carnicero puso un pedacito de carne, pero pesaba más el papel. Después, puso un hueso grandecito y lo mismo. Colocó un pedazo grande de carne y el papel pesaba más. A estas alturas, ya no se reía el carnicero. El capitán, que estaba presente, estaba admirado de lo que veía. El carnicero, miró su balanza a ver si estaba en buenas condiciones, pero todo estaba bien. Entonces, colocó una pierna entera de cordero, pero el papel pesaba mucho más. Fue suficiente para el carnicero. Allí mismo se convirtió y le prometió a la buena mujer que todos

los días hasta su muerte le daría una ración diaria de carne, incluida la pierna de cordero que había puesto en la balanza.

En cuanto al capitán, también Dios tocó su corazón y a partir de ese día iba a misa todos los días. Con su buen ejemplo y sus oraciones, dos de sus hijos llegaron a ser sacerdotes, uno de ellos jesuita y otro de los Sagrados Corazones. El padre Estanislao terminó este relato, diciendo que él era ese religioso de los Sagrados Corazones y que su padre era el capitán que había visto con sus propios ojos que la misa pesa y vale más que todo el mundo. Deberíamos asistir a la misa cada día para recibir las inmensas bendiciones que Dios nos tiene preparadas, como lo hacían los primeros cristianos (Hech 2, 46). Pero, al menos, no debemos perdernos nunca la misa del domingo, pues el domingo es el día del Señor, el día de los cristianos, el día de la fe, el día de la Iglesia y de la fraternidad universal. Hay un hecho significativo del año 304, en plena persecución de Diocleciano. Apresaron a 49 cristianos en Abitene, cerca de Túnez y, al preguntarles por qué se reunían el domingo, si estaba prohibido, ellos respondieron: Sin el domingo no podemos vivir. Y los 49 murieron mártires por haber asistido a misa los domingos. El domingo es nuestra fiesta con el Señor. Es un día sagrado y de descanso para estar con la familia. ¿Diremos que no tenemos tiempo para visitar a nuestro Padre Dios y reunirnos con nuestros hermanos en la fe? Decía el Papa Juan Pablo II: No tengáis miedo de dar vuestro tiempo a Cristo... El tiempo ofrecido a Cristo nunca es un tiempo perdido, sino más bien ganado para la humanización profunda de nuestras relaciones y de nuestra vida (DD 7). En la Didascalia, escrito del siglo III, se dice: Dejad todo, el día del Señor, y corred con diligencia a vuestras asambleas. ¿Qué disculpa tendrán ante Dios aquellos que no se reúnen en el día del Señor para escuchar la Palabra de vida y nutrirse con el alimento divino, que es eterno? (DD 46). Veamos cómo se celebraba la misa en el siglo II. San Justino, el año 155, para explicar al emperador Antonino Pío lo que hacían los cristianos, escribe:

El día del sol tiene lugar la reunión en un mismo sitio de todos los que habitan en la ciudad o en el campo. Se leen los testimonios de los apóstoles y los escritos de los profetas, tanto tiempo como es posible. Cuando el lector ha terminado, el que preside toma la palabra para incitar y exhortar a la imitación de tan bellas cosas. Luego nos levantamos todos juntos y oramos... Cuando termina esta oración, nos besamos unos a otros. Luego se lleva al que preside pan y una copa de agua y de vino mezclados. El presidente los toma y eleva en alabanza y gloria al Padre del universo por el nombre del Hijo y del Espíritu Santo y da

gracias largamente... Cuando terminan las oraciones y acciones de gracias, todo el pueblo presente pronuncia una aclamación diciendo: Amen. Cuando el que preside ha hecho la acción de gracias y el pueblo ha respondido, los que entre nosotros se llaman diáconos distribuyen a todos los que están presentes pan, vino y agua eucaristizados y los llevan a los ausentes. Cada uno de los que tienen medios y lo desean según su voluntad, dan lo que quieren. Lo que se recoge se pone ante el presidente a fin de que éste socorra a los huérfanos y a las viudas o a aquellos que por enfermedad u otro motivo están marginados, a los presos y a los extranjeros... Nos reunimos el día del sol, porque es el primer día en el cual Dios hizo el mundo, transformando las tinieblas en materia y en el cual nuestro Salvador Jesucristo resucitó de entre los muertos.

Este pan y este vino han sido eucaristizados y llamamos a este alimento Eucaristía. Nadie puede tomar parte en él, si no cree en la verdad de lo que se enseña entre nosotros; si no ha recibido el baño para el perdón de los pecados y el nuevo nacimiento y, si no vive según los preceptos de Cristo. Porque no recibimos este pan como común ni esta bebida como ordinaria: sino que... se convierte en alimento eucaristizado, del cual se nutren nuestra carne y nuestra sangre para transformarnos a fin de ser el cuerpo y la sangre del Jesús encarnado. Porque los apóstoles en los evangelios transmitieron lo que Él les había ordenado: que Jesús tomando el pan y dando gracias dijo: Haced esto en memorial mío, "esto es mi cuerpo". Y de modo semejante, tomando la copa y dando gracias, dijo: "Esta es mi sangre"³⁰. Es muy hermoso pensar que la misa que celebramos ahora es la misma misa y, con frecuencia, con las mismísimas palabras de aquellos hermanos nuestros del siglo II. Por eso, hay una unidad de fe y de amor en la Iglesia católica, que viene desde los apóstoles y que seguirá hasta el fin del mundo.

LA COMUNIÓN

Ya hemos dicho que la cercanía máxima de Dios en nuestra vida se da en el momento cumbre de la comunión. Es el momento de nuestra mayor identificación con Cristo. Durante los momentos en que las especies eucarísticas están presentes en nosotros, hay entre Jesús y nosotros, una identificación plena, sobre todo, si el alma está abierta a Dios y a su santa voluntad; pues puede uno comulgar físicamente, y espiritualmente estar lejos de Jesús o, al menos, no muy cerca. Hay muchas personas que comulgan por costumbre o porque es la fiesta de un santo o la misa de un familiar, pero no se han preparado y no dan gracias.

Es como comer sin provecho, porque no se asimila. Es como estar físicamente unidos en un autobús repleto de pasajeros, pero espiritualmente estar a kilómetros de distancia, porque cada uno piensa en sus cosas y no le interesa el vecino, a quien no conoce. Comulgar es participar en la vida divina de Cristo, de esa vida que Él recibe del Padre y que el Espíritu Santo recibe del Padre y del Hijo. En una palabra, comulgar es una participación real en la vida de la Trinidad por medio de la humanidad de Jesús, pues por Cristo-Hombre llegamos a la Trinidad. Él es el mediador entre Dios y los hombres.

Al comulgar con devoción, nuestro ser humano se eucaristiza, se funde con Cristo, como el hierro se une al fuego y se convierte en hierro rusiente; de modo que parecen dos cosas inseparables. El cielo será precisamente una unión con Cristo y, por Cristo, con el Padre y el Espíritu Santo, para toda la eternidad. Es por esto que, si las especies sacramentales fueran permanentes en nosotros, viviríamos, en cierta manera, un cielo adelantado, aunque no sintiéramos toda la felicidad de la unión con Cristo por vivir todavía atados a las cosas de la tierra. Esta gracia la han recibido algunos santos como san Antonio María de Claret. Él dice: El día 26 de agosto de 1861, hallándome en oración en la iglesia del Rosario en la Granja (Segovia), a las 7 de la tarde, el Señor me concedió la gracia grande de la conservación de las especies sacramentales y tener siempre, día y noche, el Santísimo Sacramento interiormente. Decía san Pedro Julián Eymard: Jesús creó el hermoso cielo de la Eucaristía. La Eucaristía es un hermoso cielo... Porque ¿no está el cielo allí donde está Jesucristo? Por eso, cuando comulgamos recibimos el cielo, puesto que recibimos a Jesucristo, causa y principio de toda felicidad y gloria del paraíso celestial. Hay una bella página del libro de las Actas de los mártires, en la que se cuenta que santa Felicitas lloraba, porque había dado a luz en la cárcel a su hijo y el guardián se reía de ella, diciéndole: ¿cómo vas a ir al martirio, si no eres capaz de soportar sin llanto los dolores humanos? Y ella respondió: Es que ahora estoy sola; pero, cuando esté en el anfiteatro, estará Cristo conmigo y no tendré miedo alguno. Eso mismo podemos decir de Jesús Eucaristía. Nosotros tenemos miedo de todo, pero, si comulgamos y tenemos a Jesús con nosotros, entonces, podremos superar cualquier dificultad. Por eso, decía san Pablo: Todo lo puedo en Aquel (Cristo) que me fortalece (Fil 4, 13). Veamos un hecho concreto. En una leprosería del Extremo Oriente, había un joven enfermero que era la admiración de todos por su alegría contagiante y por su espíritu de servicio y de caridad para todos sin excepción. Se llamaba Marcos Vang. Él había sido leproso y,

una vez curado, había querido quedarse para ayudar a tantos leprosos que necesitaban ayuda.

Un día, un cierto personaje chino visitó la leprosería, acompañado de la Madre Superiora, y se fijó en la sonrisa brillante de Marcos, que estaba curando las llagas purulentas de un enfermo. La religiosa le dice al visitante: Eso lo hace todos los días y con una cara de alegría que contagia a todos. Entonces, el personaje chino le pregunta con curiosidad:

- Muchacho, ¿por qué estás siempre alegre en medio de tanto sufrimiento y de tantos leprosos, que tienen la carne medio podrida?

- Jesús es mi fuerza. Yo comulgo todos los días.

Y, mientras se retiraba del jardín, la religiosa le iba explicando al visitante qué era eso de comulgar y quién era Jesús, el amigo que nunca falla y nos da la fuerza necesaria para seguir viviendo, aun en medio de las mayores dificultades de la vida. Un periodista preguntó una vez a la Madre Teresa de Calcuta: ¿Dónde encuentra la fuerza para vivir aquí en medio de tanto dolor y tanta miseria? Y ella respondió: En la misa y comunión de cada día. Alejandro Manzoni, famoso autor de la novela Los novios, cuando ya estaba viejo, sus hijos no le dejaban salir de casa, porque estaba la calle con nieve. Al anochecer sus hijos le dijeron:

- Papá, ¿qué te pasa que estás triste?

- Tenía un billete ganador de la lotería y hoy era el último día para cobrarlo.

- Pero papá ¿por qué no lo has dicho? Te hubiéramos acompañado.

- Bueno, en realidad no tenía ningún billete, pero me habéis dejado sin comulgar, que vale más que diez millones de liras y ninguno me ha dicho: Papá, te acompaño.

Otro caso real. Había en un pueblo de España dos hermanas, Natalia y Antonia, que eran muy unidas. Natalia tenía catorce años y Antonia doce. Natalia cayó enferma y sentía la pena de no poder ir a la iglesia a comulgar. La víspera de un día de fiesta, le pide a su madre que le deje ir a la iglesia, pero su madre se opone rotundamente, pues el médico no lo permite. Entonces, su hermana Antonia le suplica a la Virgen María, con esa fe inocente e infantil de los niños:

- Madre mía, haz que mañana Natalia pueda comulgar.

Llega el día de fiesta y Antonia va a la iglesia para asistir a la misa y comulgar, pero sigue insistiendo en su petición de que la Virgen le conceda a su hermana la gracia de poder comulgar en este día de su fiesta. En la iglesia, se coloca en el mismo sitio de costumbre, junto al púlpito. A la hora de la comunión, se acerca a comulgar y, al regresar a su sitio, ve que en el suelo, allí junto al púlpito donde ella está, hay una

hostia blanca, como si le dijera:

- Yo soy Jesús, llévame a tu hermana.

Inmediatamente, sin pensarlo dos veces, la recoge con dos estampas, la coloca en su devocionario y, después de la misa, se la lleva corriendo a su hermana, que todavía no había desayunado, diciéndole:

- Toma, aquí te traigo a Jesús, no la toques con los dedos.

Natalia recibe la comunión y se queda feliz, dando gracias a Dios. Cuando se lo cuentan a su madre, ella se siente preocupada y va a contárselo al sacerdote, que le dice:

- Mire, ayer en el altar de san Antonio, celebró la misa don Patricio, un sacerdote muy anciano, a quien se le cayó el copón al suelo con todas las hostias consagradas. Las recogimos lo mejor que pudimos, pero quizás se le quedó una entre los encajes del alba y como, después de la misa, se dirigió al púlpito para rezar las oraciones de los trece martes de san Antonio, se le pudo caer al llegar al púlpito, que es donde estaba Antonia esta mañana durante la misa. Así que, casi con total seguridad, era una hostia consagrada que Jesús permitió que cayera exactamente ahí para que la viera Antonia después de comulgar.

El padre José Julio Martínez, en su libro *Éstos dan con alegría*, afirma que esta historia real se la contó la misma Natalia, cuando ya era religiosa, Hija de Jesús. Su hermana Antonia murió, ofreciéndose víctima por la salvación de una persona querida. Está iniciado su proceso de beatificación y se ha escrito un libro sobre su vida, titulado *Ofrenda y mensaje*. Es la venerable Antonia Bandrés Elósegui.

Para comulgar bien, decía san Cirilo de Jerusalén (315-387): Al acercarte a comulgar no lo hagas con las palmas de las manos extendidas o con los dedos separados; sino de la mano izquierda haz el trono para la derecha como si ésta hubiera de recibir a un rey, y en el seno de la mano recibe el cuerpo de Cristo, diciendo: "Amén". Toma el santo cuerpo, teniendo cuidado de no perder nada de él, pues si algo perdieras, es como si perdieras algo de tus propios miembros. Porque dime, si alguien te diera raspaduras de oro, ¿no las cuidarías con la mayor diligencia, poniendo atención a no perder nada de ellas? ¿No tratarás pues con mayor empeño lo que es mas valioso que el oro o que las piedras preciosas para que no se pierda ni siquiera una migaja? Después de haber comulgado con el cuerpo de Cristo, acércate también al cáliz de su sangre, no extendiendo las palmas, sino inclinado para indicar la adoración y veneración y diciendo: Amén, y comulgando de la sangre de Cristo.

COMUNIÓN Y CARIDAD

No olvidemos que la comunión con Cristo nos debe llevar a la comunión con los demás hermanos. Por eso, el Papa Juan Pablo II nos decía: La Iglesia... es capaz de compartir no sólo lo que concierne a los bienes espirituales, sino también los bienes materiales (MND, N° 22). Pienso en el drama del hambre, que atormenta a cientos de millones de seres humanos, en las enfermedades que flagelan a los países en desarrollo, en la soledad de los ancianos, la desazón de los parados, el trasiego de los emigrantes. Se trata de males que, si bien en diversa medida, afectan también a las regiones más opulentas, no podemos hacernos ilusiones; por el amor mutuo y, en particular por la atención a los necesitados, se nos reconocerá como verdaderos discípulos de Cristo (MND N° 28). Al comulgar, todos debemos sentirnos hermanos. El pan es uno y somos muchos un solo Cuerpo, porque todos participamos del único pan (1 Co 10, 17). En la misma fila, podemos encontrar al empresario y al obrero, al alumno y a su profesor, al soldado y al general, al rico y al pobre, al patrón y a su empleado. Si asistimos a una misa en la catedral y comulga el jefe del Estado, Jesús viene a él lo mismo que viene a una viejecita, que comulgue en una misa celebrada en un rincón de la selva. Y a todos puede decir Jesús: El que me come vivirá por mí (Jn 6, 57). De modo que la común unión con Cristo nos lleva a la común unión con los demás como hermanos en Cristo. Por eso, podemos, por ejemplo, invitar a comer a alguna persona sola, visitar enfermos, proporcionar comida a alguna familia necesitada... Estas serían algunas maneras de llevar a la vida la caridad de Cristo, recibida en la mesa eucarística (DD 72). Y esto debe hacerse, especialmente, el domingo, que es el día de la fraternidad por excelencia, en el que Dios nuestro Padre nos quiere ver reunidos a todos sus hijos en la misma reunión familiar de la misa y en la misma mesa de la comunión.

Ya san Agustín, en el siglo IV, hablaba de que la Eucaristía es sacramento de unidad. Afirma: Así como de muchos granos reunidos y, en cierto modo, mezclados entre sí mediante el agua, se hace un solo pan, de idéntica manera, mediante la caridad se crea el único cuerpo de Cristo. Lo que se ha dicho del cuerpo de Cristo ha de decirse también de los granos de uva con respecto a la sangre, pues también de muchas uvas se llega a la unidad y se convierte en vino. Así, por tanto, lo mismo en el pan que en el vino se encuentra el misterio de la unidad³⁵. Quiere decir san Agustín que, así como el pan y el vino se forman con muchos granos de trigo y con muchos granos de uva, así nosotros, que somos muchos, debemos formar un solo Cuerpo, el Cuerpo místico de

Cristo, que es la Iglesia, en la que Jesús es nuestra cabeza y nosotros debemos estar unidos y amarnos como hermanos.

Por ello, después de la misa y comunión con Cristo debemos pensar en compartir nuestros bienes, nuestra fe y nuestro amor a los demás. No sólo debemos ayudar con caridad a los más necesitados materialmente, debemos pensar también en los 28 más necesitados espiritualmente y procurar compartir nuestro mayor tesoro, el tesoro de nuestra fe, especialmente la presencia de Jesús en la Eucaristía. Los dos discípulos de Emaús, tras haber reconocido al Señor, se levantaron al momento para ir a comunicar lo que habían visto y oído... El encuentro con Cristo suscita en la Iglesia y en cada cristiano la exigencia de evangelizar y dar testimonio (MND 24). Que la fe en Dios que, encarnándose se hizo nuestro compañero de viaje, se proclame por doquier y particularmente por nuestras calles y en nuestras casas como expresión de nuestro amor agradecido y fuente de inagotable bendición (MND 18).

EL ESPÍRITU SANTO Y LA EUCARISTÍA

El Espíritu Santo es el que nos da la fuerza para predicar sin miedo nuestra fe a los demás. Sin el Espíritu Santo la Iglesia estaría vacía y sin amor. Sin el Espíritu Santo no habría Eucaristía ni sacramentos.

Los santos Padres están de acuerdo en afirmar que todos los bienes descienden de Dios Padre a través de su Hijo y nos alcanzan en el Espíritu Santo. El Espíritu Santo es el vínculo de infinito amor entre el Padre y el Hijo, es el Amor del Padre y del Hijo hecho persona. Por eso, si queremos llegar al Padre por medio de Jesús, que es el mediador, debemos ir por el poder del Espíritu Santo, que lo hace realidad. Los sacramentos que recibimos, los realiza Jesús con la fuerza del Espíritu Santo. La consagración de la misa, para que Cristo pueda hacerse presente entre nosotros en el pan y en el vino, se hace posible por el amor y el poder del Espíritu Santo.

Lo decía muy bien Juan Pablo II: Sin la potencia del Espíritu divino, ¿cómo podrían unos labios humanos hacer que el pan y el vino se conviertan en el cuerpo y la sangre del Señor hasta el fin de los tiempos?. Por eso, podemos decir que todas las bendiciones y gracias que recibimos de Dios, las recibimos por el poder del Espíritu; ya que, como decía san Basilio, no hay santidad sin el Espíritu Santo. El mismo san Pablo afirma que el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado (Rom 5, 5). Ahora bien, debemos tener muy en cuenta que el momento en que más unidos estamos a Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, es el momento de la comu-

nión. En ese momento, por medio de la humanidad de Jesús, nos unimos al Padre por medio del amor del Espíritu Santo. De ahí que las mayores gracias que podemos recibir de Dios las recibiremos en el momento de la comunión. Así lo atestiguan muchos santos, quienes recibían la gracia del matrimonio espiritual, inmediatamente después de haber comulgado. Y algo parecido dicen los santos con relación a otras gracias especiales de Dios.

Decía santa Margarita María de Alacoque: Las mayores gracias y los favores más inexplicables los he recibido en la santa comunión (Autobiografía V). Por eso, acudamos siempre al Espíritu Santo, para que llene nuestro corazón de su amor, para amar cada día más a Jesús Eucaristía y a todos los que nos rodean.

LA IGLESIA Y LA EUCARISTÍA

La Iglesia y la Eucaristía son un binomio inseparable (EE 57). La Iglesia hace la Eucaristía y la Eucaristía hace a la Iglesia (RH 20). Cristo no ha querido celebrar la Eucaristía fuera de la Iglesia. Por ello, para disfrutar de la presencia real de Cristo en la Eucaristía necesitamos pertenecer a su Iglesia. La Iglesia vive de la Eucaristía. Esta verdad no expresa solamente un experiencia cotidiana de fe, sino que encierra en síntesis el núcleo del misterio de la Iglesia (EE 1). La Iglesia ha recibido la Eucaristía de Cristo, su Señor, no sólo como don entre otros muchos, aunque sea muy valioso, sino como el don por excelencia, porque es don de sí mismo, de su persona en su santa humanidad... Cuando la Iglesia celebra la Eucaristía, memorial de la muerte y resurrección de su Señor, se hace realmente presente este acontecimiento central de la salvación y se realiza la obra de nuestra redención (EE 11) En el humilde signo del pan y del vino, transformados en su cuerpo y en su sangre, Cristo camina con nosotros como nuestra fuerza y nuestro viático y nos convierte en testigos de esperanza para todos (EE 62). Aquí está el tesoro de la Iglesia, el corazón del mundo, la prenda del fin al que todo hombre, aunque sea inconscientemente, aspira (EE 59).

La Eucaristía es el regalo más grande que Dios ha dado a su Iglesia y al mundo. Es el corazón palpitante de la Iglesia, su fuerza y su esencia más profunda. Por lo cual, la Iglesia y el mundo tienen gran necesidad del culto eucarístico. Jesús nos espera en este sacramento del Amor. No escatimemos tiempo para ir a encontrarlo en la adoración, en la contemplación llena de fe y abierta a reparar las graves faltas y delitos del mundo. No cese nunca nuestra adoración.

La Iglesia vive del Cristo eucarístico, de Él se alimenta y por Él es

iluminada. La Eucaristía es misterio de fe y, al mismo tiempo, misterio de luz. Cada vez que la Iglesia la celebra, los fieles pueden revivir de algún modo la experiencia de los dos discípulos de Emaús: se les abrieron los ojos y lo reconocieron (Lc 24, 31) (EE 6). En cada misa y en cada sagrario debemos reconocer en la hostia consagrada al mismo Jesús que nació en Belén y murió en la cruz hace dos mil años. Y debemos amarlo y adorarlo, porque Él es nuestro Dios. Por eso, los católicos nunca le podremos dar suficientes gracias a Dios por el gran tesoro de la Eucaristía, por tener con nosotros permanentemente al mismo Jesús. Los discípulos de Emaús lo reconocieron al partir el pan, es decir, en la celebración de la misa, pues así se llamaba a la misa en los primeros siglos. ¿Y nosotros? ¿Lo reconocemos a Jesús bajo la apariencia de un pedazo de pan? Los discípulos de Emaús le rogaron a Jesús: Quédate con nosotros, pues el día ya termina. Y dice el Evangelio que entró para quedarse con ellos (Lc 24, 29). ¿No sentiremos nosotros el deseo de ir a visitarlo y adorarlo? Y si está muy cerca de nuestra casa, ¿por qué no visitarlo más frecuentemente? La presencia de Jesús en el sagrario ha de ser como un polo de atracción para un número cada vez mayor de almas enamoradas de Él, capaces de estar largo tiempo como escuchando su voz y sintiendo los latidos de su corazón... Postrémonos largo rato ante Jesús presente en la Eucaristía, reparando con nuestra fe y nuestro amor los descuidos, los olvidos e, incluso, los ultrajes que nuestro Salvador padece en tantas partes del mundo (MND 18).

Cada parroquia debe ser una comunidad eucarística. La Iglesia es una comunidad universal eucarística. Ella no es simplemente un pueblo. Constituida por muchos pueblos se transforma en un solo pueblo gracias a una sola mesa, que el Señor ha preparado para todos. La Iglesia es por así decirlo, una red de comunidades eucarísticas y permanece siempre unida a través del único cuerpo de Cristo, que todos comulgamos.

MARÍA Y LA EUCARISTÍA

María es mujer eucarística con toda su vida (EE 53). Cuando en la visitación, lleva en su seno el Verbo hecho carne, se convierte de algún modo en tabernáculo, el primer tabernáculo (sagrario) de la historia, donde el Hijo de Dios, todavía invisible a los ojos de los hombres, se ofrece a la adoración de Isabel, como irradiando su luz a través de los ojos y la voz de María. Y la mirada embelesada de María, al contemplar el rostro de Cristo recién nacido y al estrecharlo en sus brazos, ¿no es acaso el inigualable modelo de amor en el que ha de inspirarse cada

comuni3n eucarística? (EE 55).

Dice san Efrén: María nos da la Eucaristía en oposici3n al alimento que nos da Eva. María es, además, el sagrario donde ha habitado el Verbo que se ha hecho carne, símbolo de la morada del Verbo en la Eucaristía. El mismo cuerpo de Jesús, nacido de María, es nacido para hacerse Eucaristía⁴⁰.

Recibir la Eucaristía debía significar para María, como si acogiera de nuevo en su seno el corazón que había latido al unísono con el suyo y revivir lo que había experimentado en primera persona al pie de la cruz... Así como la Iglesia y la Eucaristía son un binomio inseparable, lo mismo se puede decir del binomio María y Eucaristía. Por eso, el recuerdo de María en la celebraci3n eucarística es unánime ya desde la antigüedad, en las Iglesias de Oriente y Occidente (EE 56). María... está presente cada domingo en la Iglesia. ¿Cómo podría ella, que es la Madre del Señor y Madre de la Iglesia, no estar presente por un título especial, el día, que es a la vez día del Señor y día de la Iglesia?... De domingo en domingo, el pueblo peregrino sigue las huellas de María y su intercesi3n materna hace particularmente intensa y eficaz la oraci3n que la Iglesia eleva a la Santísima Trinidad (DD 86). Ciertamente, María, como Madre de todos nosotros, no puede estar ausente de sus hijos en el momento más importante en que están reunidos para celebrar la Eucaristía y unirse a Jesús en la comuni3n. Porque, junto a Jesús, siempre está María; María y Jesús son inseparables. Hace dos mil años, María vivía para Jesús, para servirlo y hacerlo feliz. Y ahora está para servirnos y hacernos felices a nosotros, llevándonos a su Hijo Jesús. María es el camino hacia Jesús, es la estrella que nos lleva a Belén. La estrella que nos guía a la Eucaristía, donde Jesús siempre nos espera. Y en el sagrario, como en la cueva de Belén, junto a Jesús, siempre está María, realmente presente. Si queremos hablar con Jesús en persona, vayamos a la Eucaristía; si queremos hablar con María personalmente, vayamos a la Eucaristía. En la Eucaristía nos encontraremos siempre con Jesús y María. Centrando nuestra vida en Jesús Eucaristía, imitaremos a María, pues la Eucaristía se nos ha dado para que nuestra vida sea como la de María, toda ella un magnificat (EE 58). María guía a los fieles a la Eucaristía (RM 44). Ella es madre de Cristo y, podemos decir, que es también madre de la Eucaristía, por ser la madre de Jesús Eucaristía.

LOS ÁNGELES Y LA EUCARISTÍA

Una de las cosas más maravillosas de la Eucaristía es que, están

también millones de ángeles y santos, adorando a Jesús, como a su Dios y Señor. Por supuesto, nosotros no podemos verlos con nuestros ojos corporales, pero debemos verlos, con los ojos del alma, con los ojos de la fe.

Los ángeles están adorando a Jesús y, durante la misa, se hacen presentes de una manera especial. En el momento del Gloria, cantan como en Navidad: Gloria a Dios en cielo... En el momento del ofertorio, los ángeles custodios de los presentes presentan sus ofrendas e intenciones a Jesús. Cuando las personas no tienen nada que presentar ni que pedir, porque están en la misa por compromiso social o sin devoción, sus ángeles custodios están tristes de no tener nada que ofrecer. En el momento del Santo, todos los ángeles presentes se unen al canto de los serafines en el cielo y cantan a su Dios. En el momento de la consagración, millones de ángeles del universo vienen hasta el altar para adorar a Jesús. Y, en el momento de la comunión, los ángeles custodios acompañan alegres a quienes van a comulgar, pero qué tristes estarán los ángeles de quienes comulgan en pecado o sin devoción o de quienes no comulgan y así se pierden infinidad de bendiciones, que Dios tenía para ellos. Los ángeles custodios de las personas se alegran mucho, cuando uno va a la iglesia a visitar a Jesús y, mucho más, si va a asistir a la misa con fervor y devoción. Los ángeles y el sagrario están íntimamente unidos, porque no dejan solo a su Dios, de quien reciben tanto amor y felicidad. Los ángeles lo adoran por nosotros, aunque Jesús esté solo, durante las horas de la noche o a lo largo del día. Los ángeles custodios de los sacerdotes ofrecen a Jesús la ofrenda de su vida durante la misa, pues la misa es la misa de Jesús y consiste fundamentalmente en el ofrecimiento que Jesús hace de sí mismo al Padre por la salvación del mundo. Y en este ofrecimiento quiere que se le unan los sacerdotes y los fieles presentes.

En la liturgia (misa) no sólo estamos reunidos unos con otros, sino que hay alguien más. Nos encontramos asociados a los ángeles, mirando la faz de Dios. Con nuestras voces nos unimos a sus coros y las suyas se juntan con nosotros. De aquí viene la grandeza de la Liturgia; porque en ella elevamos nuestros ojos hacia los ángeles y, con ellos, nos ponemos ante la faz del Creador. Si comprendemos a fondo lo que esto significa, la liturgia será para nosotros una fuente de alegría que jamás podrá ser comparada con todas esas fiestas que nosotros hemos inventado y en las cuales no se hermanan los cielos y la tierra. Y, al tener la certeza de que estamos ante los ángeles de Dios y que ellos mismos están entre nosotros, brotará con nuestro gozo el espíritu de ado-

ración hacia la inmensa Presencia que nos envuelve.

En resumen, los ángeles acompañan a Jesús Eucaristía y nos invitan continuamente a acercarnos a Jesús y hacerle compañía. ¡Dichoso quien escucha su voz y va cada día a adorarlo y a hacerle compañía y, sobre todo, asiste a la misa! Dice san Juan Crisóstomo que, en la misa los ángeles asisten al sacerdote, entonan cantos y llenan el recinto alrededor del altar, para honrar a Dios que ahí está presente. Personalmente, tengo la costumbre de invitar a todos los ángeles del universo y, especialmente, de mis familiares y amigos a unirse a mí en la celebración de la misa. ¡Es muy hermoso celebrar la misa, rodeado de millones de ángeles!

LA EUCARISTÍA Y LOS SANTOS PADRES

San Ignacio de Antioquía (†107) decía: Los herejes se apartan de la Eucaristía, porque no confiesan que la Eucaristía es la carne de nuestro Salvador Jesucristo, la misma que padeció por nuestros pecados, la misma que por su bondad resucitó el Padre. La Eucaristía es alimento para vivir siempre en Cristo Jesús. San Ireneo de Lyon (†200) afirma: Así como el pan y el vino, recibida la palabra de Dios se hacen Eucaristía, es decir, cuerpo y sangre de Cristo, así también nuestros cuerpos, alimentados con la Eucaristía, resucitarán a su debido tiempo para gloria de Dios Padre.

San Cirilo de Jerusalén (315-387) dice: Lo que parece pan, no es pan; aunque al gusto le parece tal, sino que es el cuerpo de Cristo, y lo que parece vino, no es vino, aún teniendo el gusto, sino la sangre de Cristo.

San Ambrosio (340-397), luchando contra los arrianos, que negaban la divinidad de Cristo, decía: Mi alimento es la carne de Dios, mi bebida es la sangre de Dios. Tal vez dices: Mi pan es común. Pero este pan es pan antes de las palabras sacramentales; cuando se añade la consagración, el pan se hace carne de Cristo. ¿Y cómo puede ser que el pan sea cuerpo de Cristo? Esta consagración ¿con cuáles palabras se realiza y de quien son estas expresiones? Del Señor Jesús. Porque todo lo demás que se dice antes, son palabras del sacerdote. Pero, cuando llega el momento de efectuar el venerable sacramento, el sacerdote ya no pronuncia sus palabras, sino las de Cristo. Luego la palabra de Cristo es la que realiza el sacramento.

San Cirilo de Alejandría (†444), que estuvo presente en el concilio de Éfeso el año 431, donde se definió que María era Theotokos, es decir, Madre de Dios, afirma: Cuando celebramos en las iglesias el santo, vivi-

ficador e incruento sacrificio de la misa, no consideramos que lo que tenemos delante sea el cuerpo de un hombre común como nosotros o que lo sea la sangre preciosa, sino que lo recibimos como lo que se ha convertido en el cuerpo y la sangre propios del Verbo, que a todo da vida.

San Juan Crisóstomo (†407): No es un hombre quien hace que las ofrendas se conviertan en cuerpo y sangre de Cristo, sino el mismo Cristo sacrificado por nosotros, el cual está representado por el sacerdote en la misa.

San Agustín (357-430) dice: Hácense las ceremonias y recítanse las preces para que el pan y el vino se conviertan en el cuerpo y sangre de Cristo. Suprimidas las palabras no hay más que pan y vino. Pronunciadas las palabras, el pan y el vino hácense otra cosa. Y esta cosa, ¿qué es? El cuerpo y la sangre de Cristo. Lo repetimos: antes de pronunciar las palabras sólo hay pan y vino, al pronunciar las palabras se convierten en el sacramento. ¡Oh sacramento de piedad! ¡Oh signo de unidad! ¡Oh vínculo de caridad! Quien quiere vivir, sabe dónde está su vida y sabe de dónde le viene la vida. Acérquese, crea, incorpórese para ser vivificado. Este pan que vosotros veis sobre el altar santificado por la Palabra de Dios, es el cuerpo de Cristo. Lo que contiene el cáliz santificado por la Palabra de Dios, es la sangre de Cristo. Y podríamos seguir anotando más textos, pero creemos que son suficientes para demostrar que, desde el principio mismo de la Iglesia, todos creían en la divinidad de Cristo y en su presencia real en el sacramento de la Eucaristía. Ya en el año 70, en el primer catecismo católico, llamado Didache o doctrina de los doce apóstoles se dice: Reuníos en el día del Señor, partid el pan (celebrad la misa) y dad gracias, después de haber confesado vuestros pecados, a fin de que vuestro sacrificio sea puro... Que no se atreva nadie a acercarse a comer o beber la Eucaristía si no ha sido antes bautizado.

MILAGROS EUCARÍSTICOS

Son muchísimos los milagros, que Jesús ha hecho para confirmar su presencia real en el sacramento de la Eucaristía. No quiero repetir los que ya escribí en mis libros Jesús Eucaristía, el amigo que siempre te espera o Milagros vivientes. Pero veamos algunos otros. - En la localidad de Silla, al Sur de España, en 1907, un desconocido robó de la iglesia las hostias consagradas del sagrario. Aparecieron a los pocos días enterradas, pero exactamente igual que antes, es decir, incorruptas. Este hecho fue considerado milagroso en 1934. A comienzos de la guerra

civil (1936-1939), por el peligro de que de nuevo fueran profanadas. Elodia Carbonell, que entonces era una adolescente, llevó las hostias incorruptas milagrosas a su casa y las escondió en el marco de una puerta. Al finalizar la guerra, ella misma las devolvió a la parroquia. Ella no tuvo miedo de esconder a Jesús, a pesar de los peligros de que fuera descubierto el hecho por las autoridades comunistas. Y ella se pasaba mucho tiempo adorando a Jesús, escondido detrás de la puerta. Un ejemplo de valentía y de amor a Jesús para todos nosotros.

- El obispo Roman Danylak, administrador apostólico de la Eparquía de Toronto para los católicos ucranianos, ha testificado que, durante su visita a Corea, celebró la misa el jueves 22 de setiembre de 1995 a las 5 p.m. junto con los sacerdotes Luis Chang y Joseph Meter Finn. Le dio la comunión bajo las dos especies a Julia Kim, mística coreana mundialmente conocida, y a otras once personas presentes. La sagrada hostia, recibida por la señora Julia Kim, había cambiado en carne y sangre vivientes. Después de la misa, la señora Kim compartió que había experimentado la carne de Jesús como de espesa consistencia y copioso flujo de sangre. El sabor de la sangre permaneció en ella durante algún tiempo. Este milagro le ha ocurrido varias veces. La primera vez le sucedió el 5 de junio de 1988, cuando asistía a misa en el santuario italiano de Lanciano, donde se guarda la carne y sangre del milagro eucarístico, famoso en el mundo. También le ocurrió el 24 de setiembre de 1994 en su parroquia de Naju, en Corea. Y el 24 de noviembre de ese año en presencia del nuncio apostólico de Corea, Monseñor Giovanni Bulaitis.

Pero el hecho más extraordinario ocurrió la mañana del martes 31 de octubre de 1995 en Roma, en la capilla privada del Papa, quien al darle la comunión, pudo comprobar que se había convertido en carne y sangre. El Papa se arrodilló y besó su mano.

- En el pueblecito de Moure, concejo de Barcelos, a 14 kms. de Braga, en Portugal, ocurrió un milagro eucarístico el 18 y 19 de mayo de 1996. El párroco, Antonio Duarte Miranda, de 69 años, después de celebrar la misa de 7 p.m., hizo la Exposición del Santísimo Sacramento. En el momento de incensar la custodia, se dio cuenta de que en la hostia consagrada se veía la imagen de Jesús con la cabeza coronada de espinas, las manos cruzadas sobre el pecho y los ojos abiertos, pero hacia abajo, con el rostro triste. Después de la ceremonia, se fue a cenar sin decir nada a nadie. Cuando estaba terminando de cenar, fue llamado urgentemente por teléfono para decirle que las 200 personas, que había en la iglesia, estaban viendo la imagen de Jesús, que se aseme-

jaba a la imagen del santo Cristo, que se venera en las Azores. Regresó a la iglesia y con ayuda de un ministro extraordinario de la Eucaristía, hicieron algunas experiencias. Apagaron gradualmente las luces y, aún estando totalmente apagadas y la iglesia en oscuridad, se seguía viendo la imagen, como si la hostia tuviera luz propia. También hicieron girar la custodia a la derecha e izquierda a ver si se trataba de algún efecto de la luz y siempre se veía, desde todos los ángulos, la misma imagen de Jesús. Todos los presentes la vieron. A las 11,30 p.m. se hizo la acostumbrada reserva de la Eucaristía y dejó de verse la imagen en la hostia. Al día siguiente, que era domingo, se hizo la Exposición del Santísimo sacramento a las 8 a.m. y comenzó a verse de nuevo la imagen hasta la noche, en que, después de la misa, el párroco partió la hostia santa en pedacitos y los dio a comulgar a los feligreses. En total, serían unas 500 personas las que vieron la imagen de Jesús, incluso el sacerdote Olavo Teixeira Martins, que llegó esa tarde del domingo. Por todo esto, el consejo parroquial determinó que todos los 18 de mes hubiera una hora de desagravio al Santísimo Sacramento de 10 a 11 de la noche, considerando que la imagen de Jesús estaba triste a causa de tantos pecados del mundo entero.

Durante el año, no hubo ninguna manifestación extraordinaria. Al año siguiente, ocurrió el mismo fenómeno, en los mismos días 18 y 19 de mayo de 1997. En esta oportunidad, vieron la imagen miles de personas y los periódicos hablaron del suceso, publicando fotos y testimonios de la gente. Lo mismo sucedió en el año 1998, en los mismos días. El nuevo párroco, Padre Aurelio Soares, ha dicho que se trata de un prodigio, pero no de un milagro, a pesar de que los habitantes del pueblo están totalmente seguros de ello. Hay que anotar que solamente se veía la imagen, cuando la custodia con la hostia consagrada estaba colocada en el trono. Cuando el sacerdote la colocaba sobre el altar de la misa, no se veía nada. Cuando se retiraba la hostia del trono, donde estaba en la Exposición, y se guardaba en el sagrario para el día siguiente, tampoco se veía la imagen. Ha sido descartada la posibilidad de que sea un reflejo de la luz, pues se veía, aunque estuvieran las luces apagadas. También ha sido descartada la posibilidad de alucinación colectiva, pues fue vista la imagen por muchas personas en distintos días y en distintos años. Las hostias eran hostias normales, compradas como las de las otras iglesias en la casa Eldofaril de Barcelos. ¿Será solamente un hecho extraordinario y no un milagro como dicen algunos? ¿Por qué no se atreven a hablar de milagro? ¿Alguien puede reproducirlo en otras iglesias? ¿No estará diciéndonos Jesús que está muy triste, como

en la imagen, por nuestra falta de fe y de amor ante su presencia real en la Eucaristía?

LOS SANTOS Y LA EUCARISTÍA

a) BEATA IMELDA LAMBERTINI

Desde muy niña, sintió un amor inmenso a Jesús Eucaristía y deseaba recibir la comunión lo antes posible; pero, en aquel tiempo, sólo podían recibir la primera comunión a los doce años. Sus padres la llevaron a vivir con las religiosas del convento de dominicas de santa María Magdalena de Valdipietra de Bologna (Italia). Cada vez que las religiosas se acercaban a comulgar, ella sentía unos vivos deseos de recibir a su amigo Jesús.

El 10 de mayo de 1333, fiesta de la Ascensión del Señor, la comunidad estaba oyendo la santa misa. Cuando la misa terminó, las hermanas se retiraron y ella se quedó sola para seguir orando. Pero, entonces, ocurrió un prodigio, que vio alguna religiosa que entró a la iglesia. Una hostia blanca y brillante aparecía suspendida encima de la cabeza de Imelda. Inmediatamente, llamaron a un sacerdote que tomó la hostia y la colocó en una patena. El sacerdote interpretó el suceso como que el Señor quería que Imelda, que tanto lo deseaba, pudiera comulgar y le dio la hostia en comunión. En ese momento, se sintió tan encendida en amor a su Señor que se quedó en éxtasis, del que nunca más volvió, pues murió ese mismo día. Era el 12 de mayo de 1333 y tenía 11 años. Muchas personas comenzaron, inmediatamente después de su muerte, a considerarla como una santa y a invocarla. Su cuerpo incorrupto se conserva en la iglesia de san Segismundo de Bologna. Fue beatificada por el Papa León XIII en 1826. En 1922 se fundó una Comunidad religiosa de dominicas de la beata Imelda, que tiene como carisma propagar el amor a la Eucaristía por medio de la adoración perpetua. El Papa san Pío X la nombró patrona de los niños que hacen su primera comunión.

b) SAN PASCUAL BAILÓN (1540-1592)

Es el patrono de los Congresos eucarísticos y de las Asociaciones eucarísticas. Según las Actas del Proceso de la canonización, que se guardan en los archivos de los padres franciscanos españoles del convento de Santi Quaranta de Roma (Transtevere), dicen testigos presenciales:

En una ocasión, estando en el campo guardando las ovejas, Pascual oraba de rodillas con las manos juntas. Se oye en ese momento el sonido de la campana y el joven exhala un grito: ¡Mirad! ¡Allá, allá!, indican-

do el cielo. Sus ojos ven una estrella en el firmamento... Luego la nube se rasga y Pascual contempla, como si estuviera delante del altar, una hostia puesta sobre un cáliz y rodeada por un coro de ángeles, que la adoran... El joven, llevado de transportes de alegría, dice: "Jesús, Jesús se encuentra allí"⁵⁷. Después de muerto, durante la misa de cuerpo presente, abrió dos veces los ojos en el momento de la elevación de la hostia y en la elevación del cáliz. Este milagro, atestiguado por numerosas personas, fue reconocido en el proceso de beatificación y mencionado por el Papa Inocencio XII en la bula *Rationi*. Y León XIII hace alusión a él en la bula *Providentissimus* del 28-XI-1897. Como si el santo quisiera hablarnos a todos y darnos ejemplo de su amor a Jesús Eucaristía, aun después de su muerte. Incluso, durante mucho tiempo, en su sepulcro se oían, de vez en cuando, unos golpes, como si dijera a todos: No se olviden: Jesús sigue esperándolos en la Eucaristía.

c) SANTA MARGARITA MARÍA DE ALACOQUE (1647-1690)

Tenía tanto amor a Jesús Eucaristía que procuraba estar lo más cerca posible de Él. Dice: Delante del Santísimo Sacramento me encontraba tan absorta que jamás sentía cansancio. Hubiera pasado allí los días enteros con sus noches sin comer ni beber. No podía quedarme en el fondo de la iglesia y por confusión que sintiera en mí misma, no dejaba de acercarme cuanto pudiera al Santísimo Sacramento⁵⁸. Mi mayor contento es estar delante del Santísimo Sacramento, donde mi corazón se halla en mi centro. Le digo desde lo más profundo de mi corazón: Señor mío, amor mío, tomad cuanto soy y cuanto tengo. Como todo mi consuelo lo tengo en el Santísimo Sacramento, pasaba en su presencia todo el tiempo libre. Nuestro Señor me instaba tanto para que fuese a encontrarle allí que, cuando resistía me era muy difícil explicar lo acerbo de mis padecimientos, los cuales se recrudecían, cuando me era forzoso ausentarme de allí obligada por la obediencia que me llamaba a otra parte...

Cuando me despierto me parece estar presente mi Dios y esto me produce una sed tan ardiente de ir pronto ante el Santísimo Sacramento que los momentos que empleo en arreglarme me parecen horas... Cuando llego, me arrojo a sus pies como una hostia viva que no tiene más deseo que el de inmolarse y sacrificarse para consumirse como un holocausto en las puras llamas de su amor. En Él encuentro una tan grande plenitud que todo lo demás me es indiferente e inútil. Yendo una mañana a comulgar me pareció la sagrada hostia resplandeciente como un sol, cuyo brillo podía soportar y en medio de él vi a Nuestro Señor.

Al comulgar, siento el corazón abrasado por una llama secreta... Este fuego me deja como si ya no tuviera poder sobre mi corazón y se extiende algunas veces por todo el pecho hasta el rostro, embriagándome con tal suavidad que no sé donde estoy ni lo que hago. Esto sucede especialmente cuando comulgo con frecuencia y me causa tan ardiente sed que me parece que nada sería capaz de calmarme fuera de Dios. En una oportunidad, la Superiora me hizo perder la sagrada comunión, lo cual era el suplicio más cruel que pudiera sufrir en esta vida; hubiera preferido mil veces que se me hubiese condenado a muerte.

Las mayores gracias y los favores inexplicables de su bondad los recibía en la santa comunión. Y mi ángel lo que más severamente me reprendía eran las faltas de respeto y atención delante del Santísimo sacramento. Una vez estando el Santísimo Sacramento expuesto se me presentó Jesucristo mi divino Maestro todo radiante de gloria con sus cinco llagas que brillaban como cinco soles y por todas partes salían llamas de su sagrada humanidad, especialmente de su adorable pecho, el cual parecía un horno. Abrióse éste y me descubrió su amantísimo y amabilísimo Corazón, que era vivo foco de donde procedían semejantes llamas. Santa Margarita María de Alacoque es la mensajera del Corazón de Jesús, que se le presentaba, cuando estaba ante Jesús Eucaristía, con el Corazón ardiendo en llamas como aparece en las imágenes del Sagrado Corazón de Jesús.

d) BEATO PEDRO VIGNES (1670-1740)

Gran misionero francés, fundador de las hermanas del Santísimo Sacramento, tenía tanto amor a Jesús Eucaristía que no podía vivir sin pasarse muchas horas adorando a Jesús, a quien llamaba el hermoso sol de la Iglesia. Ciertamente, Jesús es el sol del mundo y de la Iglesia, que ilumina nuestras almas y las vuelve radiantes de luz, como dice el Salmo: Contemplad al Señor y quedaréis radiantes (Sal 33, 6). Disfrutando de las delicias del divino Corazón delante del sagrario, podremos gustar las dulzuras de su amor. Así nos lo dice también el mismo salmo: Gustad y ved qué bueno es el Señor (Sal 33, 9).

El beato Vignes quería ser un sagrario vivo para estar siempre con Jesús Eucaristía. Y celebraba la misa con una devoción admirable. Decía: ¡Qué incomparable honor tenemos al participar de la santa misa! Si pusiéramos juntos todos los méritos y todas las virtudes de todos los santos, que existieron y existirán, con todo el amor de los bienaventurados, incluidos los ángeles y la misma Virgen María, todos juntos no podrían dar a Dios tanto honor ni tanta alabanza ni satisfacción como reci-

be en una sola misa

Sobre la comunión decía: Dios nos hace el gran honor de querer permanecer, no digo cerca de nosotros, sino dentro de nosotros... Por eso, Señor, no quiero salir pronto de la iglesia, cuando te recibo, quiero estar contigo. Tu compañía es demasiado honor para mí. Tal vez un día lamentaré mil y mil veces el haber perdido el tiempo sagrado de la comunión, pensando en otras cosas. Por eso, Dios mío, quiero darte gracias después de haberte recibido. Y como me siento incapaz para ello, quiero pedir la ayuda de todos los santos y ángeles, junto con la de María, la reina de los cielos, para que den gracias en mi nombre⁶⁸. El Padre Vignes pedía eucaristizar la vida y centrarla en Jesús Eucaristía. Fue beatificado por el Papa Juan Pablo II el 3 de octubre de 2004.

e) SANTA MARÍA MICAELA DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO (1809 -1865)

Todos los santos han sido, sin excepción, fervorosos amantes de Jesús Eucaristía. Pero una de las que más destacan en este amor a Jesús sacramentado es santa María Micaela.

El amor a Jesús la sacaba de quicio. Era como una loca enamorada de Jesús Eucaristía. Sin él, las casas de la Congregación le parecían vacías. Cuando iba a la iglesia a rezar, debía estar en un lugar que pudiera mirar bien al sagrario; si no le parecía que le faltaba algo, como si se ahogara. Dice: Ofrecía a mi amado Jesús cada día, muchas veces, enviarle un pensamiento de amor a todos los sagrarios del mundo para

que tenga amor y mi corazón por compañía. ¡Ojalá se dividiera todo él a este fin! Ofrecí vivir con mucha pureza y adorarle con más esmero y procurar que le adoren en las casas a fin de que siempre halle una adoratriz que le consuele de tanto olvido y tanta soledad y descuido.

Era tanta su confianza que en todo acudía a Él en busca de ayuda. Un día, ya eran las once y no había nada en casa para comer setenta personas que éramos. Como Dios ha puesto en mi corazón una muy grande fe que el Señor no nos dejaría sin comer, no dije nada a nadie de que no tenía un cuarto. Eran ya las doce y lloraba yo al pie del altar y di unos golpecitos a la puerta del sagrario: Señor y mi Dios, mira que no tenemos qué comer. Estando en esto llaman a la puerta y era un religioso, que venía de Filipinas, que deseaba ver la casa. La vio toda muy bien y entró en mi despacho... Me hizo un elogio de lo bien que le pareció todo y me dijo que quería tener parte en la obra tan grande de la salvación de las almas. Me dio un papel, creo con dos onzas, 640 reales.

Se fue y yo mandé por arroz, huevos, pescado y, a la una, tenía el colegio una comida muy buena y de su gusto... No sólo esta vez llamé a la puerta del sagrario, sino que, en otra ocasión, tenía yo necesidad de pagar cuentas y no tenía dineros y llamé obligada: Señor, prueba de que es tuya la obra, mándame dineros. Y llegó una limosna que cubría la necesidad; y esto se ha repetido de mil maneras distintas... Es muy común en estos apuros, después de haber acudido al Santísimo, hallar en el cajón cantidades que no puse; y una vez hasta 10.000 reales⁷⁰. Algunas veces, le escribía las necesidades que tenía en un papel y se lo dejaba debajo de la custodia, cuando había Exposición del Santísimo, o lo metía dentro del sagrario.

Dice: Muchas veces, en la oración, me hizo el Señor comprender cuánto siente la soledad en que está en las iglesias... Estando en la guardia al Santísimo, con grande pena, al pensar que el Señor se hallaba solo y encerrado en los sagrarios como preso por el amor que nos tiene, me quejaba yo a Él de que se hubiera multiplicado tanto en las iglesias y... me hizo ver el Señor las grandes y especiales gracias que, desde los sagrarios, derrama sobre la tierra y, además, sobre cada individuo, según la disposición de cada uno, que continuamente derrama y como que las despide de Sí, a favor de los que las buscan... Me hizo comprender de un modo admirable cómo participaba toda la tierra de esta influencia y cómo recibe más el que mejor se dispone a recibirla y cómo participa el que más se aproxima a Él con fe... Al comulgar, un día vi un niño en la sagrada forma. En otra ocasión, se me presentó el Señor como de tamaño natural y muy claramente⁷¹. Varias veces, he oído distintamente dar unos golpecitos en la puerta del sagrario por dentro. Esos golpecitos eran como si Jesús la llamara y le dijera: Aquí estoy, gracias por venir. Otras veces, se abría sola la puerta del sagrario para demostrarle su amor a través de una luz maravillosa.

f) SAN PEDRO JULIÁN EYMARD (1811-1868)

Fue un enamorado de la Eucaristía. En una ocasión, durante la procesión del Corpus Christi, tuvo una experiencia extraordinaria. Dice: Mi alma se inundó de fe y de amor a Jesús sacramentado. Las dos horas pasaron como un instante. Puse a los pies del Señor a la Iglesia de Francia, al mundo entero y a mí mismo. Mis ojos estaban llenos de lágrimas. Hubiese querido que, en ese momento, todos los corazones estuvieran con el mío y se incendiaran con un gran celo por Jesús. Y decía frecuentemente: Sin Jesús Eucaristía, perdería yo mi alma. Era tanto su celo y su amor por la Eucaristía que fundó la Congregación sacer-

dotal del Santísimo Sacramento y de las Siervas del Santísimo Sacramento. También fundó la Liga eucarística sacerdotal, en la que los sacerdotes se comprometían a acompañar una hora diaria a Jesús sacramentado. Además, fundó una archicofradía para fomentar el culto al Santísimo Sacramento.

g) VENERABLE ANGELES SORAZU (1873-1921)

Nos cuenta en su Autobiografía espiritual su profundo amor a Jesús Eucaristía: El año 1900, cuando Jesús empezó a llamarme desde el fondo del sagrario en concepto de buen pastor con amorosos silbidos, entró mi alma en nueva fase de vida; me establecí en el sagrario y empecé a vivir de la vida de Jesús sacramentado en concepto de fiel y amante ovejita... Decíame que el sagrario era el aprisco y Él mi pastor, pero pastor divinamente apasionado y celoso de su rebaño, y yo su ovejita privilegiada y singularmente amada de su divino Corazón. Desde entonces, mis relaciones con Jesús sacramentado estrecháronse y fueron tan íntimas y continuas que ni de día ni de noche podía separarme de su lado, excepto el tiempo preciso del sueño y el que empleaba en el cumplimiento de mis deberes comunes o particulares, para los cuales era necesario abandonar el santuario... Vivía con el cuerpo en el convento o en el coro, pero mi alma yacía con Jesús en el fondo del sagrario, empleada toda en contemplar su divina belleza y en amar su infinita bondad, que conocía por experiencia; pues gozaba los efectos de su bondad y ternura divinas. ¡Qué belleza la suya tan divina! ¡Qué bondad, qué ternura, qué afabilidad tan fascinadora! Deseando corresponder a sus finezas, me ofrecía y me entregaba a Jesús sacramentado en concepto, ora de preciosa flor transplantada al místico vergel del sagrario, ora en concepto de amante paloma y tórtola solitaria para hacerle compañía, consolarle en sus penas y hacer su felicidad en la sagrada Eucaristía. Entregábame también a su santo amor y servicio en concepto de ángel tutelar, para custodiarle en el sagrario y hacerle la guardia de honor, en unión con los espíritus angélicos que le hacen la corte en todos los sagrarios del mundo cristiano y, especialmente, en nuestra iglesia.

En el sagrario, no solamente gozaba de la presencia del Verbo humanado, sino también de la asistencia y compañía de los espíritus angélicos, que rodean las sagradas hostias. Vivía en intimidad con ellos y los trataba con una confianza llena de respeto, como a hermanos y confidentes. Cuando entraba en el coro, adoraba a Jesús con viva fe. Luego, saludaba a los santos ángeles, les agradecía el culto que habían tributado al Señor en mi ausencia y, como recompensa, pedía para

ellos muchos grados de gloria accidental... Luego, identificada con los ángeles o asociada a ellos, me presentaba a Jesús sacramentado, le tributaba mis homenajes de amor y respeto, contemplaba los misterios que me inspiraba y le hacía la guardia de honor

En todas las misas o altares, me ofrecía a Dios Padre, en unión con su divino Hijo, para los altísimos fines que este divino Señor se ofrece. Y, no sólo en todas las misas, sino también en todos los sagrarios y tabernáculos, donde yace Jesús sacramentado, reservado o expuesto a la veneración de los fieles, me ofrecía a Dios Padre en unión suya

Otra de mis ocupaciones principales era asistir en espíritu a todas las misas que se celebraban en el mundo y acompañar a Jesús en todos los sagrarios y tabernáculos donde yacía sacramentado.

h) SANTA FAUSTINA KOWALSKA (1905-1938)

Dice en su Diario: ¡Qué tremendos misterios ocurren durante la misa! Un gran misterio sucede en la misa. ¡Con cuánta devoción debiéramos seguir y participar en esta muerte de Jesús! Un día conoceremos lo que Dios hace por nosotros en cada misa y el don que nos prepara en ella. Solamente su amor divino podía concebir un don similar.

Desde mis primeros años, Jesús en el Santísimo Sacramento me ha atraído hacia Sí. A la edad de siete años, fue la primera vez; mientras estaba expuesto Jesús en la custodia, me hizo comprender las cosas divinas. Desde aquel día hasta hoy, mi amor hacia Dios oculto ha aumentado hasta alcanzar la más estrecha intimidad. Toda la fuerza de mi alma procede del Santísimo Sacramento. Todos los momentos libres los paso en coloquio con Él, que es mi Maestro.

El momento más solemne de mi vida es siempre el de la comunión. La añoro y, por cada una de ellas, doy gracias a la Santísima Trinidad. Si los ángeles pudieran envidiarnos, nos envidiarían por dos cosas: por no poder recibir la santa comunión y por no sufrir.

Durante la comunión, sentí en mi corazón los latidos del Corazón de Jesús... Temo el día en que no reciba la santa comunión. Es una fuerza extraña la que toma mi alma al recibir la comunión

Me veo tan débil que, si no fuera por la santa comunión, caería continuamente. Lo único que me sostiene es la santa comunión. De ella saco fuerzas, en ella está mi apoyo. En los días en que no recibo la santa comunión, la vida me asusta, tengo miedo de mí misma. Jesús, oculto en la hostia, lo es todo para mí. Del sagrario tomo fuerza, poder, valor, luz. Allí busco alivio en los momentos de angustia. No sabría dar gloria a Dios, si no tuviera en el corazón la Eucaristía⁷⁹. Solamente en la eter-

nidad podremos conocer qué gran misterio cumple en nosotros la comunión, son los momentos más preciosos de la vida.

Durante la ceremonia de las cuarenta horas, he visto el rostro de Jesús en la hostia, que estaba expuesta en la custodia, Jesús miraba amablemente a todos.

Un día, estando en adoración ante el Santísimo Sacramento, vi un ángel de gran belleza. Le pregunté: ¿quién eres? Y él me contestó: Soy uno de los siete espíritus que están día y noche delante del trono de Dios y lo adoran sin cesar. Al día siguiente, durante la misa, antes de la elevación, aquel espíritu comenzó a cantar estas palabras: Santo, Santo. Su voz era equivalente a millares de voces, imposible describirla. De repente, mi espíritu se unió a Dios y conocí la inconcebible grandeza y santidad de Dios y mi propia miseria.

i) BEATO MANUEL GONZÁLEZ GARCÍA (1877-1940)

Es el llamado obispo de los sagrarios abandonados, pues tanto se esforzó por conseguir almas adoradoras, para que Jesús Eucaristía nunca estuviera solo en el sagrario. Decía que el abandono de Jesús en el sagrario de muchas iglesias era uno de los peores males, porque privaba a la Iglesia y al mundo de infinidad de gracias. Él fundó la Obra de los sagrarios-calvarios y las misioneras eucarísticas de Nazaret. Él deseaba que, en todas las parroquias, hubiera adoración diurna perpetua. Y quería que todos sus feligreses fueran centinelas perennes del sagrario, como lámparas ardientes ante Jesús sacramentado. Y esto lo pedía especialmente a los sacerdotes. A ellos les decía: Cuánto debe gozar el corazón del sacerdote en vivir sólo para dar a Jesús y darse con Él a las almas. Por la consagración sacerdotal, el sacerdote ha dejado místicamente de ser un hombre para empezar a ser Jesús. Una especie de transustanciación se ha operado en él: las apariencias son del hombre, la sustancia es de Jesús. Tiene lengua, ojos, manos, pies, corazón como los demás hombres; pero, desde que ha sido consagrado, todos esos órganos e instrumentos no son del hombre sino de Jesús. El beato Manuel González era muy consciente de que ante Jesús sacramentado hay millones de ángeles, adorando a Jesús, y no quería que nosotros fuéramos menos. Por eso, animaba a los niños pobres de las escuelas que fundó en Huelva (España) para que hicieran visitas a Jesús al salir de la escuela. Escribía: Una de las dificultades de la oración ante el sagrario, es no acabar de darnos cuenta de que Jesús está allí, vivo y personalmente. ¡Se repite tanto en el sagrario la escena de Emaús, de estar con Jesús sin darnos cuenta de que Él está con nosotros! ¡Cuánto debemos aprender de los felices caminantes de Emaús,

para llegar a sentir arder el corazón oyéndolo y reconocer a nuestro huésped Jesús al partir el pan!...

Padre eterno, bendita sea la hora en que los labios de vuestro Hijo unigénito se abrieron en la tierra para dejar salir estas palabras: Sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo. Padre, Hijo y Espíritu Santo, bendito seas por cada uno de los sagrarios de la tierra. ¡Bendito, bendito Emmanuel!

Toda su vida fue un deseo ardiente de amar cada vez más a Jesús sacramentado. Y, por eso, escribió: Pido ser enterrado junto a un sagrario para que mis huesos después de muerto, como mi lengua y mi pluma en vida, estén siempre diciendo a los que pasen: ¡Ahí está Jesús! ¡Ahí está! ¡No dejadlo abandonado!. Fue beatificado por el Papa Juan Pablo II el 29 de abril de 2001.

j) SANTO PÍO DE PIETRELCINA (1887-1968)

El Padre Pío escribía al Padre Agostino: ¿Qué es este fuego que me llena e inflama totalmente? Padre mío, si Jesús nos hace tan felices en la tierra, ¿cómo será el cielo? A veces, me pregunto si habrá almas que no sientan inflamar su corazón, sobre todo, cuando están delante del Santísimo Sacramento.

Una vez le dijo el Señor: ¡Con cuánta ingratitud me pagan los hombres! ¿Hubiera sido menos ofendido, si los hubiera amado menos? Yo querría dejar de amarlos, pero mi Corazón está hecho para amar... Me dejan solo de noche y también de día en las iglesias. No se dan cuenta de que estoy en el sacramento del altar. Pocos hablan de esto y los que hablan, lo hacen con indiferencia o frialdad.

Y dice: Lo que más me afecta es el pensamiento de Jesús sacramentado. El corazón se siente atraído por una fuerza superior antes de unirse a Él en la comunión cada mañana. Tengo tal hambre y sed, antes de recibirlo, que poco me falta para morir... Y esta hambre y sed, en vez de apagarse cuando lo recibo, se aumenta más.

El día 23 de agosto de 1912 recibió la gracia de la transverberación: Estaba en la iglesia en la acción de gracias después de la misa, cuando, inesperadamente, de golpe, sentí que me herían el corazón con un dardo de fuego, tan vivo y ardiente, que creía morirme. Me faltan palabras adecuadas para hacer comprender la intensidad de esta llama; me es del todo imposible expresar esto. ¿Me lo podría creer? El alma, víctima de este consuelo, queda muda. Me parecía como si una fuerza invisible me sumergiese todo en fuego. ¡Dios mío! ¡Qué fuego! ¡Qué dulzura! He sentido muchas veces estos transportes de amor y, por cierto,

durante ellos he permanecido como fuera de este mundo; pero, en otras ocasiones, este fuego ha sido menos intenso; esta vez, por el contrario, ha sido tan vehemente, tan fuerte, que, un instante más, y mi alma se hubiera separado del cuerpo.

Y escribía a su hija espiritual Sor Rafaelina Cerase: ¡Qué exceso de amor y de humildad en Jesús al haberle pedido al Padre poder permanecer con nosotros todos los días hasta el fin del mundo! Y ¡qué exceso de amor también del Padre que, viendo cómo lo tratan tan mal a su divino Hijo en este sacramento del amor, permite que siga permaneciendo entre nosotros y recibiendo nuevas injurias! ¿Cómo permites, oh Padre, que vuestro Hijo sea recibido sacrílegamente por tantos cristianos indignos? Padre, no puedo pedirte que lo saques de en medio de nosotros, ¿cómo podría yo, débil y flaco, vivir sin este alimento eucarístico? 90. Y decía: Mil años de gozar la gloria humana, no vale tanto como pasar una hora en dulce comunión con Jesús en el Santísimo Sacramento.

EXPERIENCIAS DEL PAPA JUAN PABLO II

En la capilla privada, ya no solamente rezaba, sino que me sentaba allí y escribía. Allí escribía mis libros, entre ellos la monografía "Persona y acto". Estoy convencido de que la capilla es un lugar del que proviene una especial inspiración. Es un enorme privilegio poder vivir y trabajar al amparo de esta Presencia (de Jesús). Una presencia que atrae como un poderoso imán. Mi querido amigo André Frossard, ya desaparecido, en el libro "Dios existe, yo me lo encontré", describe con hondura la fuerza y la belleza de esta presencia.

Celebrar la misa es la misión más sublime y más sagrada de todo sacerdote. Y para mí, desde los primeros años de sacerdocio, la celebración de la Eucaristía ha sido, no sólo el deber más sagrado, sino, sobre todo, la necesidad más profunda del alma.

He podido celebrar la santa misa en capillas situadas en senderos de montaña, a orillas de los lagos, en las riberas del mar; la he celebrado sobre altares construidos en estadios, en las plazas de las ciudades... Estos escenarios tan variados de mis celebraciones eucarísticas me hacen experimentar intensamente su carácter universal y, por así decir, cósmico. ¡Sí, cósmico! Porque también cuando se celebra sobre el pequeño altar de una iglesia en el campo, la Eucaristía se celebra, en cierto sentido, sobre el altar del mundo. Ella une el cielo y la tierra. Abarca e impregna toda la creación.

Cada día, a partir de aquel 2 de noviembre de 1946, en que celebré

mi primera misa en la cripta de San Leonardo de la catedral de Wawell en Cracovia, mis ojos se han fijado en la hostia y en el cáliz... Cada día mi fe ha podido reconocer en el pan y en el vino consagrados al divino caminante que un día se puso al lado de los dos discípulos de Emaús para abrirles los ojos a la luz y el corazón a la esperanza. Dejadme, mis queridos hermanos y hermanas, que, con íntima emoción, en vuestra compañía y para confortar vuestra fe, os dé testimonio de fe en la Santísima Eucaristía.

¿Cómo no sentir una renovada necesidad de estar largos ratos en conversación espiritual, en adoración silenciosa, en actitud de amor, ante Cristo presente en el Santísimo Sacramento? ¡Cuántas veces, mis queridos hermanos y hermanas, he hecho esta experiencia y en ella he encontrado fuerza, consuelo y apoyo!.

PADRE SEGUNDO LLORENTE

Fue un famoso misionero jesuita de Alaska. Nos cuenta en sus escritos cómo en aquellas soledades del hielo eterno se pasaba muchos ratos en oración ante Jesús Eucaristía. Dice: Por la noche, terminada la instrucción catequística, me quedo solo sin otra luz que la del Santísimo. Me siento en un banco cerca del sagrario y allí estoy, acompañando a los ángeles que hacen guardia a Jesús sacramentado... Allí no estamos más que Jesús y yo entre ángeles invisibles. ¡Qué silencio guarda Dios! No cabe duda de que Dios mima mucho a las almas, pero no sé si habrá alguna a quien mime más que a mí. Estar aquí, a solas con él, en este silencio de la tundra, es un privilegio, un mimo que no sabe uno cómo agradecer. Aquí es donde le recuerdo al Señor los nombres de mis amigos. Junto al sagrario tengo siempre algunas cartas, que merecen especial atención. Le digo al Señor que las mire bien y que no se duerma, que no las eche en saco roto y que tome cartas en el asunto. Intereso a la Santísima Virgen a mi favor y los dos se lo suplicamos a Jesús. Al ver a su Santísima Madre de mi lado, el Señor parece como que se rinde y no le queda más remedio que acceder.

Hay tanta gente piadosa que cree que pierde el tiempo en la iglesia si no dice algo el Señor y si no lee un libro o reza el rosario o cosa por el estilo. Bien está todo eso, pero, cuando ya se ha hecho eso y queda aún tiempo, ¿qué se va a decir? ¿Por qué salir a la calle solamente, porque ya no quedan más novenas que hacer? Yo me quedo sin decir nada, aunque no por mucho tiempo; pues siempre me viene a los labios la frase famosa: Tú siempre estás conmigo. ¡Qué alegría poder sentir la voz de Jesús en lo más hondo del alma que te dice: Tú siempre estás

conmigo, que es como decirte: ¡Yo te amo, no tengas miedo, solamente confía en mí! Así le dijo Jesús a Jairo (Mc 5, 36) y nos lo sigue diciendo cada día a nosotros también. ¡Qué alegría estar adorando y acompañando a Jesús en unión con todos los ángeles adoradores de los sagrarios!

Cuenta el Padre Llorente que, en una oportunidad, se fue a una isla apartada, en Alaska, para hacer una semana de ejercicios espirituales él solo, entre el cielo y el hielo. Y dice: Celebraba la misa muy despacio, rodeado de varias legiones de ángeles, que me envidiaban a mí y yo les envidiaba a ellos. Me envidiaban, porque ellos no podían consagrar ni sufrir por Cristo y yo los envidiaba, porque ellos eran ángeles y yo una miseria. Pero aquella choza era un pedazo de cielo real y verdadero... Yo estaba allí muy solo. Tenía un rifle para defenderme de los osos, no de los demonios. Para éstos me proveí de agua bendita y procuré colocar el crucifijo en el lugar más prominente de la choza. Allí estaba yo entre el cielo y la tierra, expuesto a encontronazos con Satanás y a zarpazos de osos negros, que gustan de merodear por la noche y pasearse por las orillas de los ríos a caza de pescados incautos que devoran crudos. Como lo que yo pretendía era meditar, pedí a la Reina de los ángeles que encargase a uno de espantarme los osos y luego rogué a san Miguel arcángel que se las hubiese él con Lucifer. Y dicho y hecho. En los ocho días y tres horas que viví solo en la isla, no sólo no vi ningún oso, pero ni siquiera los oí aplastar palos en la espesura, que se extendía detrás de la choza. En cuanto a los demonios, permanecieron tan quietecitos y tan invisibles como lo habían estado hasta entonces conmigo.

También nos cuenta en su libro cómo, en sus ratos de soledad, entretenía a Jesús, tocando el acordeón o tocando el armonio o leyéndole las cartas que recibía. Y, cuando al final del día, hacía su última visita a Jesús, sentía que le daba la bendición y él bendecía también al pueblo en que se encontraba para que Dios lo protegiera con sus ángeles. Por eso, pudo decir con convicción: Sin el sagrario, la vida no merecería vivirse. Con el sagrario todo se torna luz, paz, esperanza y gozo interno⁹⁹. Ciertamente, los que hemos experimentado el amor de Jesús, que nos transmite a través de su presencia real en la Eucaristía, no podemos vivir sin Él. Personalmente, he pasado horas deliciosas ante Jesús Eucaristía y no puedo imaginar una vida en otra religión sin su presencia eucarística cercana. ¡Viva Jesús Eucaristía! Gracias Señor, por el regalo inmerecido de ser católico y ser mi amigo, el amigo que siempre me espera en la Eucaristía. Gracias.

PADRE PIETRO ALAGIANI

Era capellán del ejército italiano durante la segunda guerra mundial y fue hecho prisionero el 19 de diciembre de 1942 en Rusia. Durante los 12 años que siguieron, estuvo en distintas cárceles, sometido a torturantes interrogatorios para, al fin, ser condenado por pertenecer a una organización contrarrevolucionaria, la Compañía de Jesús, y por tener relaciones con una potencia extranjera: el Vaticano. Durante nueve años, tuvo la gracia divina de tener consigo, en una bolsita colgada al cuello, a Jesús Eucaristía. Y, a pesar de los continuos y severos registros, nunca pudieron quitárselo. Él mismo dice: Durante nueve años, en los traslados por las distintas cárceles y en el aislamiento de la celda, tuve siempre conmigo la inseparable compañía de mi Señor sacramentado. Esto me comunicó una inagotable energía física y moral, y fue la fuente que alimentó mi vida espiritual y mi mayor felicidad. Y no podía ser de otro modo, porque llevaba conmigo el pan angélico y el fuego celestial. ¡Todo lo poseía, poseyendo a Jesús sacramentado!

Tengo que decir que, al principio, figurándome que volvería pronto a la patria, consumí muchas de las ciento veinte partículas consagradas, pero luego, viendo que aquello iba para largo, comulgué sólo los domingos y en las fiestas principales y, por fin, después de la condena, dividí el resto de manera que, comulgando cada primer viernes de mes, me alcanzaran hasta el primer viernes de febrero de 1957.

Tuve la fortuna de vivir, sufrir, de comer y trabajar, de dormir y rezar, siempre en compañía de Jesús sacramentado, de día y de noche, ininterrumpidamente. ¡Cada momento y en cualquier lugar podía dirigir mis ardientes palabras de amor y de comunión espiritual a Jesús presente! Cada noche podía cantar el “Tantum ergo” y recibir la bendición de Jesús sacramentado, rescatado con riesgo de la vida a los intentos sacrílegos de los bolcheviques.

A pesar de las continuas dolencias, del hambre terrible, del frío extremo en invierno, nada lograba disminuir la íntima alegría que experimentaba, al pensar que estaba en compañía de Jesús sacramentado. Su presencia protectora me dio fuerzas para resistir las más groseras humillaciones, que me hicieron como al ser más abyecto de la tierra, y a las angustias padecidas, cuando con satánicas mentiras me hicieron creer que había sido expulsado de mi queridísima Compañía de Jesús.

A pesar de los siete años de aislamiento absoluto en una celda, en la tremenda situación de sepultado vivo, sin poder hablar nunca con nadie, sin ver a nadie más que a los carceleros..., Jesús transformó este

período en el más hermoso de mi vida, hasta el punto de no sólo poder llamar a aquella celdita mi paraíso terrestre, sino de gozar realmente las delicias de una antesala del paraíso celestial.

Dios me hizo casi sensible la compañía de mi querido Jesús. Me puse a tratar con Él con una ingenuidad y una intensidad realmente infantiles. Le hablaba en voz alta como a un compañero de celda. Le manifestaba las aprensiones de mi espíritu sobre el porvenir y compartía con Él mis alegrías cotidianas. El pensar en la larguísima y desoladora soledad que me esperaba sin correspondencia escrita, sin noticias, lejos de oprimirme el espíritu, transformó mi celda en una anhelada aventura de paraíso al punto de que ahora no sólo siento un grato recuerdo, sino una profunda nostalgia¹⁰⁴.

Desde los primeros días de cautiverio, la nostalgia por la santa misa me atormentaba más de lo que podía imaginar. Pero también en esto vino a mi encuentro Jesús, inspirándome una devoción “sui generis”. Recortando lo mejor que pude una gran hostia de papel, cada mañana, después de la meditación, celebraba dos misas, decía todas las oraciones de la misa con todas las ceremonias como si realmente estuviera en el altar. Debo reconocer que aquellas misas “secas” las celebraba con devoción y consuelo como raramente, cuando tenía la suerte de celebrar las verdaderas misas¹⁰⁵. A partir del 5 de marzo de 1953 pude celebrar diariamente la misa. Desde aquel día, hasta el gran deseo de libertad se me volvió menos acuciante y menos atormentador; porque, en el fondo, había deseado e invocado la libertad y suspirado por ella, principalmente, por estar privado de celebrar la misa.

Para el padre Alagiani, la presencia permanente de Jesús a su lado en aquellos nueve difíciles años de torturas, fue la que le dio sentido a su vida. Jesús le ayudaba a soportar todas sus dificultades. Y durante los cinco años que pasó en celdas comunes, aprovechaba las mínimas oportunidades para hablar a aquellos compañeros de infortunio, que estaban hambrientos de Dios, aunque fueran ignorantes. Confesaba a los que podía, recibía en la Iglesia a los que se convertían y, en todo momento, demostraba ser un sacerdote de cuerpo entero. Cuando el último año de prisión, empezó a recibir dinero y paquetes de Italia, se sentía feliz de poder compartir algo de aquellos tesoros con sus hambrientos compañeros. Pero nunca pudo imaginar que le fuera a costar tanto el dejar a su amigo Jesús sacramentado al regreso a la libertad, el 12 de febrero de 1954, en la residencia de los jesuitas de Viena. Dice él:

Me temblaban las manos, cuando abrí el sagrario. Cogí el copón, lo destapé. Después de desplegar el paño de mi bolsa bendita, cogí las

pequeñas partículas consagradas por mí en diciembre de 1945, que se conservaban intactas, y las deposité en el copón. Mientras cerraba el sagrario y me alejaba del altar con la cabeza agachada y con el corazón afligido, yo creía que mi paraíso terrestre, la perenne y continua intimidad con el divino amigo, mi pequeña compañía de Jesús, todo había terminado para mí, al faltarme la ininterrumpida coexistencia con mi Señor sacramentado¹⁰⁷. Pero su vida debía tomar otros rumbos en los planes de Dios. Debía dar testimonio ante el mundo de lo que era el mundo cruel del comunismo. Por eso, el padre Pietro Alagiani escribió el libro de sus Memorias, titulado Lubianka, nombre de la famosa cárcel de Moscú, donde estuvo mucho tiempo prisionero; y ha ido por el mundo, hablando de sus experiencias y de su gran amor a Jesús Eucaristía, el tesoro más grande del mundo, el amigo que siempre lo acompañaba para darle fuerzas y alegrías. Él podía testimoniar por experiencia que Jesús está vivo y que realmente está presente en la Eucaristía, donde quiso estar junto a Él durante nueve largos años. Durante esos años, las hostias consagradas permanecieron milagrosamente intactas, como si Jesús le hubiera querido decir: Yo y tú siempre unidos hasta la muerte. Ni Jesús se quiso separar de él ni él de Jesús. Sin Jesús Eucaristía, como él mismo dice, se habría vuelto loco; con Jesús todo era distinto y pudo vivir tranquilo y hasta feliz en aquellas difíciles condiciones de vida. ¡Gloria a Jesús Eucaristía por los siglos de los siglos. Amén!

LA EUCARISTÍA Y LOS CONVERTIDOS

Todos los convertidos a la fe católica han descubierto en la presencia real de Jesús en la Eucaristía el mayor tesoro de nuestra fe. Y, por eso, no podían dejar de ir a misa todos los días que podían. La Eucaristía era para ellos el mejor alimento espiritual y el mayor tesoro que habían encontrado, del cual no podían prescindir. Veamos algunos casos:

En el año santo de 1650,

JEAN FREDERIC BRUNSWICK,

hijo del duque Jorge de Brunswick y uno de los jóvenes más notables de la nobleza alemana, se acercó a la ciudad de Asís, buscando la verdad, pues se había pasado al lado protestante al terminar la guerra de los 30 años entre católicos y protestantes. El cardenal Tapacchioli le escribió al santo José de Cupertino: Un príncipe protestante quiere retornar a la fe. Le ruego de persuadirlo y recibirlo con caridad. Jean Frederic había oído hablar de la santidad del fraile José de Cupertino y quería convencerse de que la Iglesia católica era la verdadera. Entonces, al llegar a Asís, asistió a una misa celebrada por el santo. Después del

rezo del Padrenuestro, el santo se quedó en éxtasis y se alzó en el aire. Después de la misa, el santo religioso pudo conversar durante dos horas con el duque y éste regresó a la Iglesia. El haber visto celebrar la misa con tanta devoción y con éxtasis, le convenció de la verdad de nuestra fe y de la presencia real de Jesús en la Eucaristía, a quien tanto amó toda su vida.

BEATO CHARLES DE FOUCAULD (1858-1916),

cuando se convirtió, se hizo sacerdote y decía: ¡Qué delicia tan grande, Señor, poder pasar quince horas sin nada más que hacer que mirar-te y decirte: Te amo!. Cuando lo mataron, estaba adorando a Jesús Eucaristía en su pequeña capilla de Tamanrasset.

MANUEL GARCÍA MORENTE (1886-1942),

el gran filósofo español, cuando se convirtió, se hizo sacerdote y, siendo profesor de la Universidad Autónoma de Madrid, los fines de semana se iba al Monasterio de El Poyo para poder pasar algunas horas en sosiego delante del Santísimo Sacramento, el amor de su vida.

Es muy conocido el caso de

ANDRÉ FROSSARD (1915-1995),

que se convirtió al entrar a una capilla del barrio latino de París, donde estaba expuesto el Santísimo Sacramento. Él recibió sin esperarlo, pues era completamente ateo, una oleada de amor y de luz que venía desde la custodia, donde estaba Jesús sacramentado, lo que le hizo convertirse instantáneamente. Y dice: Dios estaba allí, revelado y oculto por esa embajada de luz que, sin discursos ni figuras, hacía comprenderlo todo, amarlo todo... El milagro duró un mes. Cada mañana volvía a encontrar con éxtasis esa luz que hacía palidecer al día, esa dulzura que nunca habría de olvidar y que es toda mi ciencia teológica¹⁰⁹. Y, a partir de ese instante de su conversión, iba a misa todos los días, a pesar de estar enrolado en la Marina de guerra francesa. Se sentía atraído como una imán hacia el sagrario de las iglesias católicas, donde siempre lo esperaba Jesús. Por eso dice:

¡Dios mío! Entro en tus iglesias desiertas, veo a lo lejos vacilar en la penumbra la lamparilla roja de tus sagrarios y recuerdo mi alegría. ¡Cómo podría haberla olvidado! ¿Cómo echar en olvido el día en que se ha descubierto el amor desconocido por el que se ama y se respira?... Hay otro mundo. Y no hablo de él por hipótesis, por razonamiento o de ideas. Hablo por experiencia.

HERMANN COHEN (1820-1871)

fue un judío, convertido por la Eucaristía. Estaba en la ciudad alemana de Ems para dar un concierto, pues era un ilustre pianista, cuando el domingo 8 de agosto de 1847, fue a misa. Allí, poco a poco, los cánticos, las oraciones, la presencia invisible, pero sentida por mí, de un poder sobrehumano empezaron a agitarme, a turbarme, a hacerme temblar. En una palabra, la gracia divina se complacía en derramarse sobre mí con toda su fuerza. En el acto de la elevación, a través de mis párpados, sentí de pronto brotar un diluvio de lágrimas que no cesaban de correr... ¡Oh momento por siempre jamás memorable para la salud de mi alma! Te tengo presente en mi mente con todas las sensaciones celestiales que me trajiste de lo alto... Invoco con ardor al Dios todopoderoso y misericordiosísimo a fin de que el dulce recuerdo de tu belleza quede eternamente grabado en mi corazón con los estigmas imborrables de una fe a toda prueba y de un agradecimiento a la medida del inmenso favor de que se ha dignado colmarme... Al salir de la iglesia de Ems, era ya cristiano. Sí, tan cristiano como es posible serlo, cuando no se ha recibido aún el santo bautismo. Se bautizó el 28 de agosto de ese mismo año y se dedicó a convertir a otros judíos a la fe católica, consiguiendo varias conversiones. Al poco tiempo, quiso entregar su vida entera al servicio de Dios y entró al Seminario de los Padres carmelitas descalzos, donde recibió el nombre de Agustín María del Santísimo Sacramento. Fundó la adoración nocturna en 1848. Era tanto su amor a Jesús-hostia, como Él le llamaba a Jesús, que hizo voto de hablar en todos sus sermones de la Eucaristía.

El día de su primera misa, dice: ¡Me sentí tan feliz de tocar a Jesús y tenerlo entre mis manos! Ese día recibí una impresión tan fuerte que, desde entonces, siempre he estado enfermo (de amor). ¡Amo a Jesús, amo a la Eucaristía! ¡Oído ecos; repetirlo a coro, montañas y valles! Decidlo otra vez conmigo: ¡Amo a la Eucaristía! Jesús hoy es Jesús conmigo, Jesús Eucaristía. Al misterio de la Eucaristía debo la felicidad de haber sido convertido a la verdadera fe y de haber podido conducir a otros. Oh Jesús, oh Eucaristía, que en el desierto de esta vida me revelaste la luz, la belleza y grandeza que posees. Cambiaste eternamente mi ser, supiste vencer en un instante a todos mis enemigos... Luego, atrayéndome con irresistible encanto, has despertado, en mi alma un hambre devoradora por el pan de vida y en mi corazón has encendido una sed abrasadora por tu sangre divina¹¹². Él mismo nos habla del efecto maravilloso de la Eucaristía sobre los condenados a muerte. Es-

tando en Londres en 1864, asistió a cuatro marineros católicos, condenados a muerte por asesinato y actos de piratería. Dice: Durante los quince días, que iban de la sentencia a la ejecución, la fe convirtió a aquellos lobos en corderos; que se resignaban a ofrecer a Dios el sacrificio de su vida.

El mismo día de la ejecución, antes del alba, tres sacerdotes, atravesaban la incontable muchedumbre, que durante toda la noche había estado esperando en las calles vecinas a la cárcel para disfrutar del más atroz de los espectáculos... Se estimaba en 30.000 el número de los curiosos. Hallamos a los desgraciados reos, hincados de rodillas ante el crucifijo. Habían pasado la noche en oración. Cuando recibieron el santo viático, los terrores de la muerte y las horribles angustias del suplicio ignominioso, que les esperaba, desaparecieron ante el esplendor de la vida divina, que Jesús acababa de darles en el abrazo de la Eucaristía. Jamás, en los trece años que llevo de sacerdote, he experimentado de modo tan sorprendente la eficacia del poder de la Eucaristía y del sacerdocio. Durante estas dos largas horas de agonía, sus almas se alzaban constantemente por las regiones en las que ya no hay ni luto ni lágrimas y, mientras los gritos siniestros de la muchedumbre, impaciente de cebarse en el espectáculo del suplicio de los jóvenes reos, se dejaban oír por entre los muros de la prisión y me causaban terror, ellos no nos hablaban más que de la paz que experimentaban, de la felicidad que habían tenido de ser perdonados por Dios, de la brevedad de la expiación, y de la esperanza de ver pronto a Dios para siempre.

Los exhorté a tener confianza en la Santísima Virgen María... Cada uno tenía el rosario, la cruz y el escapulario colgado al cuello... Los otros dos sacerdotes se hallaban a mi lado sobre el cadalso y los exhortábamos a que hicieran actos de fe, esperanza y caridad. Les dábamos a besar el crucifijo y los exhortábamos a que invocasen en alta voz el nombre de Jesús y de María... El diario "The Times", al dar cuenta de la ejecución, observó que, cuando fueron inspeccionados por la tarde los cadáveres de los ahorcados, sorprendió ver que las facciones, contra el efecto ordinario del suplicio, no se habían alterado nada. Se encontró que su fisonomía se había conservado tranquila, como si reposaran en apacible sueño (as in a gentle sleep)... La Eucaristía los había como embalsamado. El divino sacramento, al mismo tiempo que les conservaba las almas para la vida eterna, les había preservado la cara, espejo del alma, de la desfiguración.

el gran rabino jefe de la sinagoga de Roma, después de convertido daba clases de sagrada Escritura en la universidad Gregoriana de Roma. El Padre Dezza, que era el Rector y que le dio alojamiento dentro de la universidad, dice: Cada mañana asistía a la misa en la capilla, comulgaba y se quedaba largo tiempo en oración. Cuando una vez le dije que era hora de desayunar, me dijo: Se está tan bien en la capilla con el Señor que no quisiera salir jamás.

IRMA BARSY

fue una gran escritora húngara, convertida después de haber sido muchos años evangélica luterana. El 8 de mayo de 1948 recibió la comunión y entró formalmente en la Iglesia católica. Y dice: Viví el día más feliz y más bello de mi vida.

¡Qué difícil resulta explicar con palabras humanas lo que sentí en aquel instante de mi primera comunión! Aquel goce infinito del alma sólo podría expresarse con el celestial idioma de la música. Así era: la música de un coro invisible sonaba en mi alma, un canto de ángeles fluía por entre sus notas y me plegué en dichosa gratitud, con lágrimas de alegría, a la suave y amorosa mano de Dios... Es como si hubiese nacido de nuevo. ¡Todo me parece ahora tan claro y sencillito! Después de muchas dudas y luchas internas, después de largas odiseas, ¡por fin estoy en casa!

ALEC GUINNESS,

actor inglés, protagonista de la película El puente sobre el río Kwai, era anglicano. Después de convertido, se enamoró de Jesús Eucaristía. Él cuenta que un día de vuelta a Londres, después del rodaje de la película "El puente sobre el río Kwai", pasaba por Kingsway a media tarde, cuando un impulso me obligó a correr. Con el corazón lleno de alegría y en un estado de excitación corrí hasta que llegué a la pequeña iglesia católica, que había allí, donde nunca había entrado. Me arrodillé, recobré el aliento y durante diez minutos me olvidé del mundo... Me tranquilicé un poco, cuando me enteré que el excelente, brillante y extraordinariamente cuerdo Ronald Knox había echado a correr alguna vez para visitar al Santísimo Sacramento. A pesar de ser un actor muy conocido en Londres, no le importó lo que dijera la gente y se echó a correr a visitar a Jesús sacramentado, al ver a lo lejos una iglesia católica, porque el amor a Jesús era más fuerte que todo.

JAMES J. PITTS

había sido pastor presbiteriano durante 25 años. Un día fue a hacer un retiro espiritual al monasterio benedictino de Nuestra Señora de Guadalupe, en Pecos, Nuevo México, USA. Fue con su esposa Sandra. Y dice: La comunidad benedictina tenía adoración de 6.30 a 7.30 cada tarde. Una gran hostia consagrada era colocada en una custodia para adorar a Jesús. Todos estaban de rodillas. Después de unos minutos de leer la Biblia, yo miré la hostia y vi una luz radiante, que brilló como si saliera de ella. De pronto, un sentimiento de amor vino sobre mí, sin saber por qué. Yo me arrodillé de nuevo y oré al Señor. No podía apartar mis ojos de la hostia y decía: ¿Cómo puedo saber que tú estás aquí con nosotros, Señor?... La presencia de Cristo en la Eucaristía y el amor a María me llevó a abrir mi corazón a Dios. Durante la cuaresma de 1999, en el fin de semana de la fiesta de la Anunciación, yo y mi esposa Sandra fuimos recibidos en la Iglesia católica por el buen obispo de Alejandría.

SCOTT HAHN,

pastor y teólogo norteamericano, cuenta cómo comenzó su conversión, yendo a una misa católica por curiosidad: Allí estaba yo, un ministro protestante de paisano, deslizándome al fondo de una capilla católica del Milwaukee para presenciar mi primera misa. Me había llevado hasta allí la curiosidad y todavía no estaba seguro si era una curiosidad sana... Me prometí no arrodillarme ni tomar parte en ninguna idolatría. Me senté en la penumbra en un banco de la parte de atrás.

Delante de mí había un buen número de fieles, hombres y mujeres de todas las edades. Me impresionaron sus genuflexiones y su aparente concentración en la oración. Como evangélico calvinista se me había preparado durante años para creer que la misa era el mayor sacrilegio que un hombre podía cometer. Me habían enseñado que la misa era un ritual que pretendía volver a sacrificar a Jesucristo. Así que permanecí como mero observador. Me quedé sentado con mi Biblia abierta junto a mí... La experiencia fue sobrecogedora. Quería interrumpir a cada momento y gritar: Eh, ¿puedo explicar en qué sitio de la Escritura sale eso? ¡Esto es fantástico! Pero aún mantenía mi posición de observador. Permanecía al margen hasta que oí al sacerdote pronunciar las palabras de la consagración: Esto es mi Cuerpo... Este es el cáliz de mi Sangre.

Sentí, entonces, que todas mis dudas se esfumaban. Mientras veía al sacerdote alzar la blanca hostia, sentí que surgía de mi corazón una plegaria como un susurro: Señor mío y Dios mío. Realmente eres Tú...

Volvería a la misa al día siguiente y al siguiente y al siguiente.

Él descubrió a Jesús en la Eucaristía y, por eso, dice: A los hermanos separados les falta nada menos que la presencia real de Cristo en la Eucaristía. ¿Acaso nos pide demasiado Nuestro Señor a los católicos al decirnos que hagamos más, mucho más, para ayudar a nuestros hermanos separados a descubrir en el Santísimo Sacramento al Señor que tanto aman? Si nosotros no lo hacemos, ¿quién lo hará?... Él dice: Volved a casa en la Iglesia fundada por Cristo. La cena está preparada y el Salvador nos llama.

VISIONES Y REVELACIONES

La beata Ana Catalina Emmerick (1774-1824), nos habla de la Eucaristía en muchas de sus visiones y revelaciones: Vi que los apóstoles se dispersaron por países lejanos y que los cristianos no tenían todavía iglesias, sino que se reunían en salas. Vi que los apóstoles guardaban en sus casas la Eucaristía y que, cuando la llevaban a la celebración, los fieles iban detrás de ella con mucho respeto; en esto me fue mostrado el origen de las procesiones y del culto público a la Eucaristía... Vi que los cristianos recibían el sacramento en sus propias manos y luego lo ponían en la boca. Vi que las mujeres lo recibían en sus manos, pero tomándolo con un paño pequeño. Vi también que, en un principio, los cristianos podían llevar consigo el Santísimo Sacramento a sus casas y tenerlo pendiente del cuello en una bolsa o cajita con una funda, en la cual estaba envuelto en un lienzo pequeño. Vi que, cuando esta costumbre fue perdiéndose, aún se permitió durante largo tiempo, en ciertos lugares a personas piadosas, el conservarlo así. De este modo, vi una tras otra muchas cosas sobre la comunión en ambas especies.

En una gran ciudad de un país lejano y cálido, donde se producían frutos como dátiles, vi a los cristianos reunidos dentro de la iglesia y a los sacerdotes junto al altar. En la puerta se produjo un gran tumulto. Un tirano feroz, montado en un caballo blanco quiso entrar en la iglesia para burlarse de los fieles, forzando a entrar en la iglesia a aquel indómito animal. Me parecía oír a aquel hombre que decía: Ahora verán los cristianos, si su Dios de pan es verdadero Dios. Muy grande era la angustia de los cristianos que estaban dentro de la iglesia. Pero el sacerdote dio la bendición con el Santísimo Sacramento, mirando hacia el lugar donde estaba el tirano. Entonces, el caballo se quedó como clavado en el suelo, cual si hubiera echado raíces. El sacerdote se acercó a la puerta de la iglesia con el Santísimo Sacramento en las manos y, apenas se llegó a la bestia, ésta se prosternó de rodillas humildemente.

A la vista de este prodigio, el tirano y los que le seguían se sintieron transformados, se arrodillaron, entraron en la iglesia y se convirtieron.

Una vez, llegué en visión a cierto lugar donde se celebraba una procesión del Santísimo Sacramento. Al Santísimo lo vi rodeado de ángeles y de otros bienaventurados, todos con gran magnificencia y esplendor. El Santísimo tenía forma de niño del todo transparente en medio de un sol esplendoroso. Lo que he visto es realmente inefable. Si los que llevaban y acompañaban al Santísimo, hubieran visto lo que yo veía, habrían caído al suelo con temor y asombro y no habrían podido seguir llevándolo y acompañándolo.

En otra ocasión, unos ladrones cometieron un robo sacrílego en una iglesia. Cuando los ladrones volcaron las hostias sagradas sobre el altar, dijo uno de ellos: Quiero hacer un lecho a Nuestro Señor. El espectáculo era horrible. Cada uno de los ladrones tenía un demonio que lo ayudaba. Pero yo vi a los ángeles sobre el cuerpo del Señor, adorándolo.

ADORACIÓN EUCARÍSTICA

La devoción de adorar a Jesús Eucaristía tiene sus antecedentes remotos en el amor con que los primeros cristianos guardaban la Eucaristía en las casas, cuando no había templos, para poder llevar la comunión fuera de la misa a los enfermos, a los presos y a otros que se encontraban en especiales necesidades. ¿Nos imaginamos con qué cuidado, respeto y devoción tendrían en sus casas aquellos primeros cristianos a Jesús Eucaristía? Y ¿con qué amor y devoción la llevarían a los enfermos, sabiendo que no era un simple pan bendito sino el mismo Señor Jesús? Por eso, podemos comprender que el niño Tarsicio fuera capaz de dejarse matar antes de entregar a sus compañeros las hostias consagradas que llevaba a los enfermos. Inmediatamente después de las persecuciones, en el siglo IV, según se dice en las Constituciones apostólicas, las hostias consagradas que sobraban, después de haber distribuido la comunión, se guardaban en un sacrarium (de ahí viene la palabra sagrario). Pronto delante del sacrarium se colocó una lámpara encendida para manifestar la presencia viva de Jesús. En el siglo VI, en el sínodo de Verdún, se manda guardar la Eucaristía en un lugar eminente y honesto, y si los recursos lo permiten, debe tener una lámpara permanentemente encendida, y se colocaba el pan eucarístico en unas cajitas preciosas. De modo que ya el Papa León IV, en el siglo IX, dispone que en el altar solamente se coloquen las reliquias de los santos, los cuatro evangelios y la píxide (cajita) con el cuerpo del Señor para el

viático a los enfermos. El hecho de tener la Eucaristía sobre el altar, les da a las iglesias un ambiente de recogimiento y de respeto especial. De modo que muchos se arrodillan, cuando van a la iglesia, adorando a Jesús allí presente. Esta adoración al Santísimo Sacramento comienza a desarrollarse más, cuando, en el siglo XI, se hacen monumentos eucarísticos para la adoración el día del Jueves Santo, costumbre que continúa hasta el presente. Esta devoción se incrementa, especialmente a partir de 1208, cuando Jesús se aparece a santa Juliana de Mont-Cornillon, una religiosa agustina de Lieja, en Bélgica. Ella era una enamorada de Jesús Eucaristía, de modo que hasta físicamente encontraba en la comunión su único alimento. Bajo el influjo de estas apariciones, el obispo de Lieja, Roberto de Thourotte, instituye en 1246 la fiesta del Corpus Christi. En 1264, el Papa Urbano IV, antiguo arcediano de Lieja, extiende esta fiesta a toda la cristiandad por la bula *Transiturus*, que es una especie de carta magna sobre el culto eucarístico fuera de la misa. San Francisco de Asís, en este mismo siglo XIII, antes de morir, aconseja en su Testamento: Quiero que estos santísimos misterios del cuerpo y de la sangre de Cristo sean honrados y venerados por encima de todo y colocados en lugares preciosos. Santo Tomás de Aquino (1224-1274) celebraba todos los días la misa a primera hora y luego asistía a otra. Era un enamorado de la Eucaristía y compuso para su adoración himnos, que se han hecho famosos a lo largo de los siglos como *Pange lingua*, *Lauda Sion* o *Sacris solemniis*. A partir de este siglo, la adoración eucarística va creciendo más y más en todo el mundo católico. En ese tiempo, tiene su origen la devoción de la Cuarenta horas, que comienza en Roma. En el siglo XIV se fundan muchas capillas de adoración al Santísimo Sacramento y se hace, frecuentemente, Exposición del Santísimo. Hacia 1500, en muchísimas iglesias católicas del mundo, los domingos en la tarde se acostumbraba ya a rezar vísperas con Exposición del Santísimo. En el siglo XVI se multiplican las Asociaciones y obras eucarísticas como Hora santa, Jueves sacerdotales, Cruzada eucarística, Guardia de honor, visitas al Santísimo, procesiones eucarísticas y congresos eucarísticos diocesanos, regionales o nacionales. En 1881 comenzó el primer Congreso eucarístico internacional en Lille (Francia), motivado por Emile Tamisier.

Actualmente, en muchos lugares, la adoración del Santísimo Sacramento tiene cotidianamente una importancia destacada y se convierte en fuente inagotable de santidad. La participación de los fieles en la procesión eucarística en la solemnidad del Corpus Christi es una gracia de Dios, que cada año llena de gozo a quienes toman parte en ella (EE

10). San Alfonso María de Liguorio escribió: Entre todas las devociones ésta de adorar a Jesús sacramentado es la primera, después de los sacramentos, la más apreciada por Dios y la más útil para nosotros (EE 25). El Papa Juan XXIII, en su Diario de un alma, declara que tenía la costumbre de hacer frecuentes visitas al Santísimo, es decir, a Jesús sacramentado. Y eso lo convirtió en el Papa tan alegre que el mundo entero llegó a amar. Juan Pablo I, el Papa de la sonrisa, cuando le preguntaban por qué sonreía tanto y por qué era tan alegre, respondía: Porque Jesús en el Santísimo Sacramento me ama mucho. El Papa Juan Pablo II se pasaba dos horas diarias ante Jesús sacramentado y hacía frecuentes visitas a Jesús Eucaristía. La beata Madre Teresa de Calcuta, cuando le preguntaban qué será lo que convertirá al mundo, decía sin dudar: la oración. Y añadía: En cada parroquia es preciso orar delante del Santísimo Sacramento en horas santas de adoración. ¡Cuánta luz y cuánto amor y ternura sale de los sagrarios de nuestras iglesias, mientras tantísimos católicos están muriendo de frío, porque están vacíos por dentro o porque han perdido la fe! La Madre Teresa de Calcuta decía: En el capítulo general que tuvimos en 1973, las hermanas pidieron que la adoración al Santísimo, que teníamos una vez por semana, la tuviéramos cada día, a pesar del enorme trabajo que pesaba sobre ellas. Esta intensidad de oración ante el Santísimo ha aportado un gran cambio en nuestra Congregación. Hemos experimentado que nuestro amor a Jesús es más grande, nuestro amor de unas a otras es más comprensivo y nosotras tenemos el doble de vocaciones. Pero, para muchos, Jesús Eucaristía es el gran desconocido, el Dios olvidado y abandonado. En su vida terrena fue un hombre, en la hostia consagrada ni parece hombre y la mayoría de los católicos no le dan mucha importancia. En su vida terrena, lo seguía mucha gente; en el sagrario está muy solo. Pasa muchas noches en soledad, esperando que amanezca para que algún amigo venga a visitarlo. Y, sin embargo, del sagrario sale una luz divina que ilumina al mundo, mientras nosotros vamos a ciegas por la vida buscando estrellas de luz. Él es la fuente de la vida y nosotros nos morimos de sed de amor. Si queremos calentar nuestro espíritu, si necesitamos un amigo de verdad, si estamos tristes y necesitamos un poco de comprensión y alegría, ahí, en el sagrario, está Jesús, el amigo que siempre nos espera para bendecirnos y darnos todo lo que necesitamos. Él está deseando bendecirnos como bendijo a aquel niño, pequeño custodio de Jesús Eucaristía, en España.

Ocurrió en un pueblecito de España, llamado Almolda, de la provincia de Zaragoza, en el año 1936, durante la guerra civil. Cuando los rojos

(comunistas) entraron al pueblo, obligaron al hornero que quemase en su horno todas las imágenes de la iglesia, a las que habían hecho pedazos. Cuando estaba quemando los restos de aquellas imágenes, el hijo del hornero, de tan solo cinco años de edad, vio que algo brillaba de modo especial. Era el viril de la custodia que tenía todavía la hostia santa dentro de él. En ese momento, el niño tomó la hostia con respeto y le dijo a su padre: Papá, aquí está Nuestro Señor. Su padre le dijo: Guarda la hostia tú, hijo mío, que tú eres un ángel puro. El niño la cogió con respeto y la llevó a su habitación. Durante el día, acompañaba a Jesús siempre que podía y durante la noche dormía junto a Él. Realmente, sintió un amor y un cariño especial por Jesús Eucaristía. Esto ocurrió durante más de dos años. Al acabar la guerra, se avisó al párroco y se organizó una brillante procesión para llevar a Jesús hasta la iglesia parroquial. Y pudo comprobarse que, a pesar del tiempo transcurrido, no se había corrompido la sagrada hostia. El nombre de aquel niño era Antonio Peña y el de su padre José Peña Pallás, hornero del pueblo de Almolda.

El padre Darío Betancourt cuenta: Una mañana me llamaron del hospital de Armenia, en Nueva York, para atender a Ann Greer, que llevaba dos meses inconsciente, rígida y con traqueotomía. Yo le puse el portaviáticos (con Jesús Eucaristía) sobre la frente, que era el lugar donde había sido golpeada en un terrible accidente automovilístico. Por la noche fuimos informados de que la niña había recobrado un poco de calor y sus miembros estaban más flexibles. Al día siguiente, los médicos estaban admirados de la mejoría tan grande de la noche a la mañana. Dos días más tarde, reconocía y recordaba. Una semana más tarde, Ann dejaba el hospital totalmente recuperada¹²⁵. Escribe el padre Ronald La Barrera: Durante una noche de adoración y alabanza, me llamó fuertemente la atención una niña de seis o siete años que, desde el momento en que expuse el Santísimo, vino delante del altar y estuvo las dos horas de rodillas o postrada con muchas lágrimas. No podía creer lo que estaba viendo; por eso, al terminar, me dirigí hacia la niña para averiguar lo que le sucedía. Ella me dijo que pedía a Jesusito que su papá volviera a casa. Lo único que le dije fue: “El Señor ha escuchado tu oración y te dará fuerza para que aceptes su voluntad”. Después me enteré que el papá hacía cuatro meses que se había ido de casa y nadie sabía nada de él. En todo ese tiempo, no se había comunicado con su familia ni por teléfono ni por carta. Los vecinos ayudaban a la señora y a sus hijos para la comida y la dueña de casa esperaba que, en algún momento, le pudieran pagar. Cada día que pasaba perdían, poco a po-

co, la esperanza de que el papá volviera.

Esta niña acudió aquella noche a Jesús y se postró delante de Él, lloró y suplicó durante dos horas para que su papá volviera... Al día siguiente, a las 7 a.m., el papá apareció, tocando la puerta de la casa. Traía dinero para pagar la renta de la casa y llevó a su esposa e hijos a comer a un restaurante. Algunos dirán que fue una coincidencia, pero para los que creemos en Dios sabemos que nada sucede sin que Él lo permita. La oración humilde y sencilla de esta pequeñita, arrancó este milagro de Dios. Así la familia, libre de las angustias y tristezas, volvió a vivir con gozo y alegría el reencuentro con el papá.

En otra ocasión: Habíamos terminado una noche de alabanza y adoración ante el Santísimo en Lindsey, California. Pasamos dos horas maravillosas y nos despedíamos contentos de haber pasado unos momentos junto a Jesús. Alguien se acercó a pedirme que orara por un bebé; sus padres habían hecho dos horas de camino para llegar a la oración. Les dije que Jesús es el que sana y nos pusimos delante del sagrario, con el papá que tenía al bebé de pocos meses de nacido y la mamá a su lado. Un grupo de personas nos rodearon para unirse a la oración. El bebé tenía un soplo en el corazón y tenía que ser operado. Los padres, con lágrimas en sus ojos, suplicaban a Dios por su hijo. De pronto, el bebé dejó de llorar y sonreía, y los padres, derramando lágrimas, también sonrieron. Después me enteré que ya no necesitó la operación.

HORAS SANTAS

Si todos los católicos buenos se comprometieran a estar una hora diaria en adoración ante Jesús Eucaristía, el mundo cambiaría, porque la fuerza y el poder que salen del sagrario cambiarían el mundo. Pero ¡hay tantos que ya ni creen que Jesús está en el sagrario! San Juan María Vianney, el famoso cura de Ars, decía constantemente a sus feligreses: Jesús está ahí; si supieran cuánto los ama Jesús en el Santísimo Sacramento, morirían de felicidad. Y él, que lo creía firmemente, se pasaba muchas horas del día y de la noche en adoración. Monseñor Fulton Sheen, arzobispo de Nueva York, todos los días tenía su hora santa de adoración ante Jesús sacramentado. Esta práctica le había sido inspirada por una historia real, ocurrida en China, cuando los comunistas ocuparon el poder. En un pequeño pueblo, entraron a la iglesia, destrozaron el sagrario y tiraron las hostias por el suelo, encerrando al sacerdote en su propia casa. Pero una niña del pueblo entraba cada día, sigilosamente, a la iglesia, al anochecer, y se pasaba una hora en adoración ante las hostias tiradas por el suelo y, después, recibía una

para comulgar. Esto lo podía ver cada noche el sacerdote desde su casa, que estaba junto a la iglesia. El día en que la niña comulgó con la última hostia, los guardias comunistas la vieron y la mataron a golpes. El sacerdote pudo sobrevivir para contarlo. Y el obispo Fulton Sheen escuchó esta historia, siendo seminarista, y, desde entonces, hasta los 82 años en que murió, siempre mantuvo su promesa de hacer una hora santa cada día, en recuerdo de aquella niña valiente, que dio la vida por amor a Jesús Eucaristía.

El padre Roberto DeGrandis nos dice: Hace poco una mujer compartió conmigo su vida y me dijo que había sufrido mucho y que la única paz que había sentido en esos momentos, la había encontrado en la hora diaria que ella pasaba ante el Santísimo Sacramento. Ése era un lugar de curación para ella. Yo pienso que eso fue algo muy cierto. Hay una tremenda curación con sólo estar en la iglesia rodeados de la paz del Señor.

Otra mujer me dijo que, cuando tenía 29 años, pensó que se iba a volver loca, porque estaba pasando una menopausia anticipada. Emocionalmente, le estaban sucediendo todas las cosas posibles. Ella también sentía que debía ir a la iglesia todos los días y estar allí una hora santa en oración; y me dijo: Usted sabe, hay muy pocas cosas que no puedan ser curadas, estando una hora todos los días ante el Santísimo Sacramento¹²⁹. El Padre Josefino Ramírez en su libro *Cartas a un hermano sacerdote* dice: Hoy, durante mi hora santa, vi algo muy peculiar: una caja de chocolates sobre el altar. Pensé que alguien la había dejado olvidada, hasta que leí la tarjeta que había en la caja: "Para Jesús, porque su amor es el más dulce de todos. Ninay". Una niña le había dejado a Jesús una caja de chocolates para demostrarle su amor. ¿Qué le daremos nosotros? Otra niña le entregó a su padre el día de su cumpleaños una caja forrada con un lindo papel de regalo. Su padre, al abrirla, vio que estaba vacía y le preguntó por qué le regalaba una caja vacía. Y la niña le dijo: Papá, no está vacía, antes de cerrarla, la llené de besos para ti. ¡Qué hermoso sería, si todos los días vamos a visitar a Jesús y le dejamos nuestro corazón lleno de amor y lleno de besos para Él! El beato Damián de Molokai organizó en la isla de los leprosos la adoración perpetua en su capilla y allí se pasaba muchas horas en adoración ante Jesús, ofreciéndole todo su amor por Él y por aquellos leprosos, que tanto lo necesitaban. Un día llegó un voluntario para ayudarlo en su tarea. Era un hombre bueno, que estaba buscando un sentido para su vida. Se llamaba Dutton y venía de USA. Un día, Dutton necesitaba consultar algunas cosas con el Padre Damián y no lo encontra-

ba por ninguna parte. Por fin, lo encontró en la capilla. El Padre Damián se veía como transformado de amor y sus ojos brillaban de felicidad. A Dutton le impresionó tanto esa actitud y ese amor ante Jesús sacramentado, que se convirtió al catolicismo y siguió ayudando a los leprosos. Hoy está abierta la causa de su beatificación. El beato Damián decía: Sin mi hora santa diaria en presencia de Jesús sacramentado, no hubiera sido capaz de quedarme en este lugar ni un solo día.

San Pedro Julián Eymard insistía: Hay que considerar la hora de adoración como una hora de paraíso. Vayan a ella como si fuesen al cielo, como a un banquete divino.

San Juan María Vianney vio en una ocasión con sus propios ojos cómo Jesús tomaba con cariño en sus manos la cara de cada persona que lo visitaba en el Santísimo Sacramento y le daba un tierno beso de amor y agradecimiento. Como si quisiera cumplir lo que dice Oseas: Con cuerdas humanas, con lazos de amor los atraía... Era para ellos como quien alza a un niño contra su mejilla y se baja para darle de comer (Os 11, 4). Ciertamente que el valor de una sola hora de adoración ante Jesús sacramentado es incalculable; pero, a veces, no somos conscientes de ello. Nos puede pasar como a aquella familia que heredó una casa de un familiar. En la casa había una pintura antigua, que representaba una maceta y, al hacer la limpieza, pensaron en tirarla a la basura. Felizmente, estaba allí un amigo y les pidió que se la dieran para que la examinaran en el museo, donde él trabajaba. Y resultó que era una copia original de Van Gogh, el gran pintor holandés, y el valor de la pintura era de varios millones de dólares. ¡No sabían el tesoro que tenían en casa y lo iban a tirar! Muchos católicos no conocen lo que tienen y hasta lo tiran, al pasarse a otras sectas, donde jamás podrán tener la presencia viva y real de Jesús Eucaristía. Tú procura aprovechar tu tiempo disponible para visitar a Jesús y, si es posible, adorarlo, al menos una hora cada día. Que no te pase lo que se relata en la película La lista de Schindler. Schindler saca de su solapa un prendedor de oro y se lamenta de no haberlo vendido; pues, si lo hubiese hecho, habría podido comprar a los nazis la vida de un judío más. Y, entonces, llora y se lamenta, porque ya es demasiado tarde. Y comprende que una vida vale más que todo el oro del mundo. ¡Ojalá que no nos lamentemos demasiado tarde, cuando ya no haya tiempo disponible para recuperar tantas bendiciones perdidas por no haber asistido más a la misa y no haber adorado más a Jesús sacramentado! Personalmente, hace veinte años me decidí a hacer todos los días una hora santa de adoración ante Jesús sacramentado y creo que ha sido una de las decisiones más po-

sitivas de mi vida. ¡Ojalá que todos nos comprometamos, al menos, con media hora diaria ante Jesús sacramentado! ¡O con una hora de adoración a distancia, desde nuestra casa, si nos es muy difícil o imposible ir a la iglesia todos los días! ¡O, al menos, una hora santa de adoración cada semana como mínimo! Decía san Pablo: Cristo es mi vida (Fil 1, 21). ¿Podríamos decir nosotros eso? Porque decir que Cristo es mi vida es decir que Cristo, que vive en la Eucaristía, es mi vida; lo que con otras palabras es lo mismo que decir que la Eucaristía es mi vida. Una religiosa contemplativa me escribía: El Jueves santo de 1945, yo tenía 16 años. ¡Qué día! No podía separarme del sagrario, me era imposible. Él me hizo ver sus ojos en el fondo de mi pobre ser. Su mirada serena, dulce, atrayente, que, aún después de tantos años, no la puedo olvidar, es la causa de mi enamoramiento de Él. Esta mirada la conservo dentro de mí y es mi dulce compañera de camino y mi refugio en los momentos difíciles. Si quisiera decir todo lo que siento, no sería capaz.

Ella quedó enamorada de Jesús para siempre. ¿Y tú? ¿Sentirás la necesidad de ir a visitar a Jesús todos los días? El ideal es hacerlo en una iglesia o capilla, donde está expuesto el Santísimo. Durante la Exposición del Santísimo hay más flores, más luces... y se siente más la presencia de Jesús, pues es como hablar con alguien cara a cara, mirándolo a los ojos. Jesús está presente en el sagrario, pero es mejor mirarlo cara a cara en la hostia consagrada, expuesta en la custodia. ¿Estarás dispuesto a adorar a Jesús una hora cada día o, al menos, cada semana como mínimo? Decía la Madre Teresa de Calcuta: Cuando mires un crucifijo, piensa en cuánto te amó Jesús para morir por ti; pero, cuando mires a Jesús Eucaristía, piensa en cuánto te ama ahora mismo, que sigue esperándote cada día en este sacramento. Lo cual nos debe hacer sentir la necesidad de hablar de Él a todo el mundo para transmitirles la más grande noticia: Cristo está vivo en la Eucaristía. ¿Serás capaz de ser apóstol de Jesús Eucaristía? Decía Paul Claudel, el gran convertido: Vosotros, que tenéis luz, ¿qué hacéis con ella, si el mundo está en tinieblas?. El padre Roberto DeGrandis relata un suceso extraordinario sobre el poder de la Eucaristía y su luz divina: Recuerdo la historia de un hombre que se hizo sacerdote a los cincuenta años, después de haber sido científico investigador de la NASA y trabajar con una cámara que podía calibrar el aura de luz alrededor de un cuerpo humano. Creo que se llama fotografía Kirlian. El interés de la NASA estaba en poder identificar y supervisar el aura de los astronautas en órbita y determinar lo que les pasaba internamente. Encontraron que las personas agonizantes tienen un aura muy delgada como la luz azul, la

cual se va poniendo más y más débil hasta que la persona muere. El científico y su ayudante estaban un día en un hospital, supervisando el aura de un hombre agonizante. Mientras lo observaban, entró otro hombre en la habitación y llenó la habitación de una luz, que emanaba de su bolsillo. El hombre sacó algo que ocasionó que la cámara se inundara de luz hasta el punto de que ellos fueron incapaces de ver lo que estaba pasando. Fueron a ver y descubrieron que aquel hombre estaba dando la comunión al agonizante. Ellos, entonces, observaron en su cámara que, cuando el agonizante recibió la comunión, su aura empezó a crecer y hacerse más fuerte.

Este científico supo que había un poder superior, dejó su trabajo, se convirtió y se hizo sacerdote católico¹³¹. Jesús lo necesitaba a él y te necesita a ti, no lo olvides. Y te sigue esperando en la Eucaristía.

ADORACIÓN PERPETUA

La adoración perpetua, permanente, día y noche, en algunas iglesias o capillas, tiene antecedentes en las cofradías del Santísimo Sacramento, nacidas a raíz de la institución de la fiesta del Corpus Christi en 1264. Pero, hasta el siglo XV, no fue una práctica generalizada la Exposición del Santísimo, seguida de la adoración. En el siglo XIII surgió la adoración de las Cuarenta Horas para adorar a Jesús expuesto en la custodia durante cuarenta horas seguidas en una iglesia, y después se continuaba en otras iglesias. En 1534 esta devoción tuvo un gran impulso en Milán y el Papa Clemente VIII extendió esta costumbre a toda la Iglesia en 1592. A partir de 1594, comienzan a fundarse Asociaciones y Congregaciones destinadas específicamente a la adoración perpetua al Santísimo Sacramento. Actualmente, son muchas las Congregaciones religiosas dedicadas a la Adoración perpetua. Entre ellas: la Orden de san Norberto, las Sacramentinas y Sacramentinos, Adoratrices perpetuas del Santísimo Sacramento, Religiosas de la adoración perpetua, Benedictinas de la adoración perpetua, Clarisas de la adoración perpetua, Adoratrices perpetuas guadalupanas, Religiosas de la cruz del Sagrado Corazón de Jesús, Siervas del Espíritu Santo de adoración perpetua y muchísimas otras. Es interesante resaltar que, durante los siglos diecisiete y dieciocho, en algunas diócesis de Francia, en todas las iglesias y capillas tenían adoración perpetua. Por ejemplo, en la diócesis de Chartres a partir de 1658, en Amiens (1658), Lyon (1667), Evreux (1672), Rouen (1700), Boulogne (1753). Esta adoración perpetua se interrumpió con la Revolución francesa y fue restaurada, especialmente, en 1848 por influencia del famoso pianista convertido Hermann Cohen,

carmelita descalzo y gran apóstol de la Eucaristía. Actualmente, en casi todas las diócesis del mundo hay algunas capillas de adoración perpetua y muchas de adoración diurna. El ideal es que hubiera adoración perpetua en todas las iglesias. Así lo manifestó el Papa Juan Pablo II en junio de 1993 en el Congreso Eucarístico internacional de Sevilla: Deseo que el fruto de este Congreso sea establecer la adoración perpetua en cada parroquia y en cada comunidad cristiana del mundo entero. ¿Nos imaginamos que en cada parroquia y comunidad religiosa hubiera una capilla de adoración perpetua, día y noche, las veinticuatro horas del día a Jesús sacramentado? El mundo sería un paraíso. Pero muchos católicos no están dispuestos a hacer turnos de adoración, tienen miedo a los ladrones; algunos sacerdotes no quieren complicarse la vida con más trabajos y preocupaciones... Y Jesús sigue abandonado y poco amado. Y, en vez de crearse capillas nuevas de adoración perpetua, se cierran iglesias por falta de fieles o de sacerdotes, o están cerradas durante el día.

El Padre Martín Lucía, sacerdote norteamericano, misionero de la adoración perpetua y fundador de la Sociedad misionera apostólica Nuestra Señora del Santísimo Sacramento, va por todo el mundo con sus misioneros, promoviendo en todas partes la adoración perpetua. Él dice: Sepan que cada minuto que le regalan a Jesús en adoración, Él lo toma y lo bendice y derrama sobre el mundo bendiciones inmensas... Conozco hombres que vienen a saludar a Jesús de madrugada, antes de comenzar su trabajo. Hay señoras, que cambian su itinerario al ir a hacer las compras y pasan por la capilla para adorar unos momentos a Jesús. Hay novios que acompañan a su novias en su turno de adoración... Debemos formar una cadena inquebrantable de amor a Jesús, para que nunca esté solo, y las capillas estén abiertas las 24 horas del día, todos los días del año, para que quien lo desee pueda ir a visitar a Jesús a cualquier hora del día o de la noche. Una capilla de adoración perpetua es como un faro de luz en la noche del mundo y hay que hacer todo lo posible para que el mundo esté lleno de luces. El Papa Juan Pablo II quiso dar el ejemplo y el 2 de diciembre de 1981 inauguró en la basílica de San Pedro del Vaticano una capilla de adoración perpetua. En muchas parroquias, ya han comenzado con la adoración diurna. Pero hay que comprometer a cada católico consciente a que dedique, al menos, una hora semanal con compromiso (tal hora concreta) para visitar a Jesús sacramentado. De este modo, entre todos se pueden completar las 24 horas del día y hacer todos unidos una adoración perpetua. Una hora a la semana no es mucho pedir, pues Jesús nos podría

decir como a los apóstoles: ¿No habéis podido velar una hora conmigo? (Mt 26, 40). La experiencia, recogida de muchas partes del mundo, indica las innumerables gracias recibidas por las parroquias, las familias y personas que cumplen sus turnos de adoración en horas santas, al menos, semanales. El Padre Justo Antonio Lofeudo cuenta que en México, visitando las familias para comprometerlas a la hora santa se encontró con una señora divorciada, dentista, profesora universitaria, con mucho trabajo, y que decía no tener tiempo ni para ir a misa los domingos; pero se comprometió una hora a la semana. Se anotó los domingos de 10 a 11 de la noche. Un tiempo más tarde, le envió una tarjeta de agradecimiento y le decía que, normalmente, estaba una hora y media o más, pues se sentía como enamorada de Jesús y cada domingo, cuando llegaba la hora de la cita con el Señor, el corazón le latía de emoción. Cuenta también el caso de un camionero al que no le gustaba ir a la iglesia, pero aceptó sustituir durante dos semanas, en la hora santa semanal, a su cuñada, que debía viajar. Cumplió su compromiso y, después, se fue a anotar él mismo a la parroquia, porque decía: No sé, no puedo explicarlo, pero ahí he sentido una paz que nunca antes había conocido. El Padre Martín Lucía y sus misioneros tienen como misión abrir capillas de adoración perpetua en todo el mundo. Y han abierto capillas en lugares de mayoría musulmana como Pakistán, Kazakistán, e, incluso, en el mismo Moscú. En Corea del Sur estas capillas son muy numerosas. En Filipinas hay, al menos, 500 capillas con adoración perpetua.

El cardenal Vidal, arzobispo de Cebú, en Filipinas, decía: Yo admiro a los sacerdotes alrededor del mundo que han establecido la adoración perpetua en sus parroquias y a los obispos que la estimulan en sus diócesis. El único que no quisiera que Jesús sea adorado día y noche y que haría cualquier cosa por impedirlo es Satanás mismo. La adoración perpetua al Santísimo es la solución a nuestros problemas de disminución de vocaciones, de desintegración familiar y de abandono de la fe de muchos de nuestros hermanos. Un día, estaba el santo Padre Juan Pablo II en una reunión en la basílica de santa Anastasia de Roma, con los sacerdotes de Roma. Entonces, el padre Alberto Pacini le dijo: Santo Padre, dentro de un mes vamos a comenzar en santa Anastasia la adoración perpetua al Santísimo Sacramento. En ese momento, el Papa saltó de su silla, levantó ambos brazos y, luego, comenzó a aplaudir. ¡Se sintió emocionado! ¡Ojalá que cunda el ejemplo por todas partes! ¡Las bendiciones que recibiremos serán inmensas, mucho más allá de lo que podamos pensar o imaginar! El mismo Dios, por boca de san Pa-

blo, nos ha dicho que es poderoso para hacer que abundemos copiosamente (en bendiciones y gracias) mucho más de lo que podemos pedir o pensar (Ef 3, 20). Personalmente, estoy convencido de que en los lugares donde hay adoración perpetua, noche y día, o al menos adoración diurna perpetua, disminuyen los vicios y crímenes, y la gente se acerca más a Dios. Sería muy interesante hacer una encuesta sobre la noche del Jueves Santo, cuando en todas las iglesias católicas está expuesto Jesús sacramentado en los monumentos solemnes, para verificar que esa noche hay menos accidentes y menos problemas sociales que otras noches del año. De hecho, muchos párrocos han constatado que muchas casas de citas o de juegos fueron desapareciendo, poco a poco, desde la implantación de la adoración a Jesús sacramentado. ¿Por qué? Porque el amor de Jesús es más poderoso que todas las bandas de malhechores y que todas las fuerzas del infierno reunidas contra Él. El obispo san Juan Neumann (1811-1860) presentó a los sacerdotes de Filadelfia (USA) la propuesta de tener expuesto el Santísimo durante cuarenta horas por parroquias, pero ellos pensaron que era demasiado peligroso, pues había mucha delincuencia en la ciudad. Una semana después de presentar la propuesta, se incendió su casa y todo quedó reducido a cenizas menos dos papeles, en los que había escrito sus planes para la devoción de las cuarenta horas. Y Jesús le dijo: Si yo puedo salvar un par de papeles del fuego, ¿cómo no voy a poder proteger a la gente que venga a adorarme al Santísimo Sacramento? Tan pronto como la devoción de las cuarenta horas comenzó a extenderse, empezó a disminuir sensiblemente la delincuencia en la ciudad.

Una hora de adoración semanal parece poca cosa, pero, unida a la de otros hermanos, hace que juntos formemos un ejército invencible contra el mal. El Papa Juan Pablo II decía: El mal nunca consigue la victoria definitiva. El misterio pascual confirma que, a la postre, vence el bien; que la vida prevalece sobre la muerte y el amor triunfa sobre el odio¹³³. En el amor, que tiene su fuente en el Corazón de Jesús, está la esperanza del futuro del mundo.

Y yo diría: En el amor que surge de Jesús Eucaristía está la fuerza para vencer a todas las fuerzas del mal. UN SUEÑO Un día, estando delante de Jesús sacramentado, pensaba en un mundo ideal. Soñaba que en todas las parroquias del mundo había una capilla hermosa y acogedora de adoración perpetua a Jesús Eucaristía, donde, por turnos, los amigos de Jesús iban a visitarlo y a adorarlo, día y noche. ¡Qué feliz se sentía Jesús y cuántas gracias derramaba sobre el mundo entero! Y seguía soñando que todas las iglesias católicas del mundo esta-

ban abiertas durante todo el día para facilitar la adoración y las visitas a Jesús sacramentado. Y soñaba que todos los católicos eran amigos de Jesús y todos los días lo visitaban y le manifestaban su amor en las iglesias y se acercaban a recibirlo en la comunión. Y soñaba que todos los cristianos del mundo se convertían a la fe católica, porque no podían vivir sin la presencia real de Jesús Eucaristía, la mayor fuente de bendiciones del mundo entero. Por último, soñé que todos los hombres del mundo se hacían católicos y la tierra se convertía en un cielo, pues todos eran verdaderos católicos, amigos de Jesús Eucaristía. Entonces, la tierra era como la antesala del paraíso y todos eran felices, amando a Dios y a todos los hombres como hermanos en Jesús. Pero me desperté y me llevé una gran desilusión al ver que mi sueño distaba mucho de la realidad. ¿Cuántos cristianos hay en el mundo? ¿Cuántos católicos? Sólo 1.100 millones. ¿Cuántos de los católicos son verdaderos amigos de Jesús Eucaristía? ¿Cómo está el mundo en que vivimos? Hacen falta más amigos de Jesús, hacen falta más sagrarios en la tierra. Es preciso que haya más sacerdotes y más católicos dispuestos a dar su vida por su fe. Hace falta mucho todavía para que en el mundo haya más amor y más felicidad. Por eso, al menos, que cada uno se ponga a disposición de Jesús, y sea un apóstol de la Eucaristía para que no se cierren los sagrarios ni las iglesias por falta de sacerdotes o por falta de fieles que lo visiten. ¡Hagamos todo lo posible para hacer realidad el sueño de un mundo lleno de amor a Jesús Eucaristía!

ORACIÓN

Oh Jesús, presente en la Eucaristía, quisiera ser la pequeña gota de agua que cae en el cáliz y se transforma, junto con el vino, en tu sangre divina. Quisiera ser una pequeña partícula del pan que, en la misa, se convertirá en tu cuerpo santo. Quisiera ser una gota de tu mar, un grano de la arena de tu playa infinita y una migaja de tu pan eucarístico para así pertenecerte por entero sin condiciones y así darme contigo a mis hermanos. Gracias, Señor, por haberme hecho comprender que Tú eres la única fuente de alegría del universo y que, sin Ti, nadie puede ser feliz. Gracias por haberte quedado tan cerca de mí en el sagrario, donde puedo ir todos los días a visitarte. Gracias, porque cada vez que voy a visitarte me encuentro con tantos millones de amigos, como son los ángeles que te acompañan y te adoran en cada sagrario. Gracias, Señor mío, por la fe que tú me has regalado. Gracias por ser católico, y por haber comprendido que la alegría de la vida tiene un nombre y se llama Jesús Eucaristía.

CONCLUSIÓN

Después de haber considerado algunos aspectos de la Eucaristía y, especialmente, sobre la adoración a Jesús sacramentado, podemos decir que Jesús el hombre-Dios, el amigo inseparable de los hombres, quiere ser nuestro amigo y nos espera cada día en el sagrario de nuestras iglesias. Todo lo que hagamos para demostrarle nuestro amor será poco. Y Él nos recompensará con inmensas bendiciones, más allá de lo que podemos pensar o imaginar. Jesús Eucaristía, como hemos dicho, es el tesoro más grande del mundo y no sólo debemos defenderlo de aquellos que lo niegan o no le dan importancia, sino que debemos valorarlo para enriquecernos con tantas bendiciones que sigue derramando sobre quienes lo aman, lo visitan, lo adoran y lo reciben en comunión. Mi mejor deseo es que Tú, amado lector, seas uno de los mejores amigos de Jesús Eucaristía. ¡Ojalá que, a partir de ahora, tomes en serio a Jesús y creas firmemente que Él te está esperando cada día en la Eucaristía! Que Él te bendiga por medio de María. Saludos de mi ángel. Tu hermano y amigo para siempre. P. Ángel Peña O.A.R. agustino recoleto
Antes era el hombre el que esperaba a Dios. Ahora es Dios quien espera al hombre en la Eucaristía.